

Pueblo de leyenda

Edgar Padilla García

Image not found.

Capítulo 1

1. Welcome to the silent zone.

El paisaje semidesértico que se extendía ante los ojos de Alicia era extrañamente tranquilizador. Como mínimo le ayudaba a alejar las dudas que formulaba su mente con respecto a los extraños actos de su padre. Actos como sacarla de la cama a mitad de la noche, tomar unos cuantos cambios de ropa y salir como alma que lleva el diablo dejando atrás la única casa de la que tiene memoria.

Cuestionarle a su padre sobre el ¿Por qué? De esa actitud, ya resultaba tedioso. Se limitaba a decirle que tuviera confianza en él. Petición difícil ya que nunca tuvieron una relación lo suficientemente cercana, no era una relación mala o llena de sufrimiento, solo era relación alejada. Cenaban juntos y podían pasar mucho tiempo viendo la televisión, pero Alicia no tenía la confianza de hablarle de su vida a su papá.

No le hablaba de Luis, el muchacho que estaba en su mismo salón de la secundaria que le gustaba mucho y que la única vez que se atrevía a dirigirle la palabra tartamudeo tanto que el resto del grupo se burló de ella el resto de la semana. Que no tenía muchos amigos con quien divertirse ni platicar. Que había veces que en su cuarto, mirando por la ventana quería imaginar una vida en la que no fuera tan solitaria.

Su padre, Cristian Andrés. No era tan diferente a su hija. Sus vecinos prácticamente le eran ajenos ¿Amigos del trabajo? Inexistentes. Solo hablaba de cosas banales con su hija y parecía que creía que eso era suficiente. Cristian sabía que su hija era también una persona demasiado reservada, sabía que no era lo más sano, pero al menos evitaba que le hiciera preguntas incómodas sobre su madre, que falleció cuando Alicia apenas tenía 3 años. ¿Por qué razones? Bueno, ese es el tema que Cristian no gusta de tocar y se limitó a decirle que fue algo natural.

Alicia apenas recordaba a su madre. Salvo por contadas fotografías; que quedaron atrás junto con la casa que abandonaron, no existiría recuerdo de su rostro en su mente. Aun así, mientras soñaba recordaba ciertas sensaciones que relacionaba con su madre. Aromas dulces, y sensaciones de abrazo que le reconfortaban levemente. No sabía si podía extrañar a alguien a quien apenas recordaba, pero sabía que había algo que le hacía sentir bastante vacía. Tan vacía como el paisaje que se extendía a su alrededor.

La verdad era que Alicia no iba a extrañar muchas cosas de la vida que aparentemente estaba dejando atrás. Nunca tuvo muchos amigos y

realmente no era una persona que se prestara a sentir apego por algo. Lo único que le incomodaba era no saber a dónde se dirigían con exactitud. Por el rumbo que habían tomado parecía que se iban a la frontera. Habían tomado el camino más alejado de la civilización, una carretera para nada saturada entre Durango y Coahuila, una zona donde ni las estaciones de radio tenían señal, por lo que el viaje se comenzó a poner tedioso.

Solo habían parado para llegar a dormir en algún motel o a comer en algún lugar. Pero todo era muy rápido y Cristian se cuidaba mucho de que no los vieran mucho. Esa actitud hacia que un mal presentimiento la acosara con regularidad. Solo esperaba que el plan de su padre no fuera cruzar a nado la frontera, ya que le resultaba obvio que estaban huyendo de algo, lo suficientemente malo como para que el silencio fuera una mejor opción que la verdad; pero bueno, esa había sido la opción desde hace años, así que más bien cabía en costumbre.

En esa carretera no había ni siquiera muchos letreros para leer, por lo que el primero con el que se toparon le llamó la atención. "Welcome to the Silent Zone". BIENVENIDOS A LA ZONA DEL SILENCIO. Curioso nombre, pensó. Recordaba haber visto una película con ese nombre ¿O era un videojuego? No importaba, el nombre del lugar le parecía adecuado y más en su situación actual. Pero la duda que le generó el lugar le forzó a romper la ley del hielo que imperaba en el automóvil.

-¿En dónde se supone que estamos? –Preguntó Alicia.

-Bueno. Creó que le dicen la zona del silencio. Es un lugar donde pasan cosas extrañas, como irse la señal de radio y desorientación de las brújulas. Parecida al triangulo de las bermudas. –Contesto Cristian.

-¿También desaparecen aviones? Digo, para pedirte que vayamos regresando.

-¡Na! Son supersticiones. Leí que esas cosas pasan por cuestiones de magnetos o algo así.

-¿Por qué vamos por aquí?

-Bueno, creí que iba a ser interesante pasar uno de los parajes misteriosos de México. Es como una gran aventura. –Dijo Cristian tratando de relajar la plática.

-No me parece que sea entretenido estar aquí. Y un paseo no es excusa para salir como salimos. ¿Ya me vas a decir a dónde vamos? ¿O también va a ser una sorpresa?

-Mira, vamos a tener que hacer una nueva vida amor. Realmente lamento que te sientas tan confundida. Ahora no puedo explicarte lo que sucede,

por eso te pido que confíes en mí. Sé que no hemos tenido mucha comunicación en estos años. Pero créeme que todo lo que hago es por el bien de los dos.

Cristian se quedó observando a Alicia que se había quedado callada. No es que esperara una respuesta, ya que el silencio incomodo se había convertido en la reacción común de Alicia hacía lo que no le gustaba. Y no le gustaban muchas cosas en realidad. Pero en esta ocasión no fue así. Tampoco era una respuesta común, ni de enojo ni de réplica; Alicia solo dijo. -Nunca me dices "mi amor". Qué raro suena.

La respuesta le dolió a Cristian. Que su hija le resultara tan indiferente la situación e incluso unas palabras de afecto le fueran extrañas eran enteramente culpa suya. La acostumbró a lo ajena y misterio que era su presencia como padre. Cristian tenía la esperanza de remediar eso con una nueva vida. Todas las personas tenían derecho a empezar de cero, pero Cristian nunca le comento a Alicia que ya había hecho uso de algunas de esas oportunidades.

No muy lejos de donde se encontraban Alicia y Cristian, sobre la misma carretera. Dos peculiares hombres en una camioneta negra les seguían los pasos sin que se dieran cuenta. Llevaban siguiendo el rastro desde que llegaron a casa de Cristian y vieron el desorden dejado por la pronta huida. Rápidamente descubrieron a donde se dirigían por la ayuda del contacto de Cristian, el mismo que le había prometido ayudarles a conseguir una nueva vida llegando a la frontera.

La traición no tuvo nada que ver con el dinero. Ni siquiera hubo mucho lujo de violencia. Tuvo que ver con la mirada de los interrogadores. Ahora en la carretera los ojos de estos dos hombres estaban resguardados con elegantes lentes de sol, que solo disimulaban un poco la frialdad y dureza de los rostros de esos hombres. Pero sus ojos, cuando alguien los miraba sabía que eran los un hombre sin compasión. El efecto de que te miraran era casi hipnótico, llenaba a la gente de nerviosismo y de miedo.

Para el "amigo traidor" de Cristian no hubo diferencia. La confesión no le salvó la vida, ya que estos hombres de mirada fría y asesina, no dejaban cabos sueltos. Eran efectivos y finos en su trabajo; limpios e indetectables. Cuando hacen su trabajo no dejan más pista que los que ellos quieren dejar. Ellos mismos ya no tienen nombres, pero en su medio les llamaban Aguja y Alfiler, afilados, nocivos y difíciles de detectar.

Cada movimiento de este par es meticulosamente medido. Rápidamente lograron seguir el paso de sus presas. Comieron donde ellos comieron, durmieron donde ellos durmieron y ahora recorrían la misma carretera que ellos recorrían.

Reconocían el buen intento de Cristian. Elegir transportarse por sus propios medios en lugar de elegir medios en los que tendría que mostrarse y posiblemente usar tarjetas de crédito, cosas fácilmente detectables. Elegir las carreteras más desoladas y libres para que no hubiera muchas paradas, pero también ayudo a que los pocos que los vieron los identificaran con seguridad. Y ahora que estaban a escasos kilómetros de tenerlos en sus garras, estaban seguros de que ese desolado desierto sería la tumba en donde se perderían sus cuerpos.

La zona del silencio no era muy concurrida. Sabían que había una reserva ecológica cercana, pero fuera de eso solo era procurada por ufólogos y gente creyente de teorías extrañas. Pasará mucho tiempo antes de que los encuentren, el desierto se los comerá rápido y si los llegan a encontrar solo serán otro misterio de la zona del silencio. El escenario era perfecto para su trabajo.

Tenía que ser rápido y violento. Ya que no iban a tener la planeación a la que estaban acostumbrados. No habría trampas, solo un rápido alcance y un disparo limpio en la cabeza del conductor. A pesar de que sus presas no tenían manera de defenderse en ese árido desierto, sabían que cualquier oportunidad que se les fuera concedida podría provocar que escaparan y además, estarían advertidos de que les pisaban los talones. Aguja y Alfiler no dejarían jamás que Cristian y Alicia salieran de ese desierto.

Cristian seguía pensando en la conversación que habían tenido hace unos instantes. Pero eso no evito que una leve sensación de incomodidad le hiciera fijarse en el camino que ya llevaba recorrido. Se sorprendió de encontrar otro auto que se les acercaba. No tenía que significar nada en especial, pero a lo largo de los años había desarrollado un sexto sentido para anticiparse a los problemas; aunque también podría tratarse de simple paranoia por estar siempre metido en algún problema. Fuera lo que fuera, ese sentido le serviría de mucho en ese momento, ya que casi por instinto decidió que debía estar preparado para cualquier contingencia.

El nuevo vehículo se les estaba acercando cada vez más. Tanto que a Cristian le parecía que podía ver a los ocupantes por el espejo retrovisor. Le parecía que eran unos hombres con lentes oscuros y aparentemente de piel bastante clara para ser lugareños. Cristian también aumento un poco la velocidad para ganar distancia. El vehículo misterioso también aumento la velocidad. El inquietante instinto de Cristian le sugirió que el automóvil detrás de ellos les quería dar alcance.

No quería alarmar a Alicia con sospechas infundadas. Pero su razón, sus miedos y su sexto sentido le indicaban que había razones para preocuparse y debía confirmarlas. No hacía falta demasiado, el automóvil misterioso estaba empeñado en alcanzarlos y Cristian solo necesitaba

poder ver la expresión y los rostros de sus perseguidores.

Había más de una razón para usar lentes oscuros, no solo por el inclemente sol. Había gente que los usaba para ocultar su mirada. Uno puede ver las intenciones de una persona con solo mirarla a los ojos. El hecho de que los hombres del vehículo misterioso los usen no le daba buena espina a Cristian, puede que solo fuera para protegerse del sol, pero en medio de este inclemente clima los ojos no es lo único que se debe de proteger. El hastío o el enojo son expresiones fácilmente reconocibles en la gente y comunes con la temperatura del ambiente. Según se acercaban no podía ver seña de expresión en el rostro de los hombres, pero si un interés en su automóvil, casi llego a pensar que sus miradas chocaban en el retrovisor.

Hacía tiempo que Cristian había decidido que Alicia no sabría de lo que él era. Pero a favor de ese insistente instinto de supervivencia tendría que revelar un detalle de su personalidad desconocido para su hija. Anticipándose a la situación y con el vehículo misterioso a punto de darles alcance, bajo completamente la ventanilla del automóvil y metió la mano debajo del asiento. Tanteando lentamente pudo sentir un frio metal. Que justo era lo que estaba buscando. Alicia lo observaba con extrañeza pero sin decir nada.

Aguja estaba al volante y Alfiler en el asiento del copiloto. Tenía en la mano una pistola escuadra con silenciador; innecesario en esos parajes pero Alfiler se podría considerar una persona de costumbres. Acostumbrado a hacer un trabajo limpio y silencio no permitirá que el detalle de no haber otra persona que los escuchara a kilómetros lo hiciera cambiar de estilo. Además, no podía arriesgarse a que algún incauto ufólogo escuchara el disparo. Y tenía razón.

Alicia pudo ver lo que su padre sacaba por debajo del asiento. Un revolver bastante grande como para sorprenderse de no haberlo visto antes. ¿Cuándo lo subió? ¿Siempre estuvo ahí? Se preguntaba Alicia internamente.

-¿Qué piensas hacer con eso? –Pregunto Alicia. Ya alarmada porque llegó a pensar que su padre por fin se había vuelto loco e iba a hacer una especie de ritual homicidio-suicidio.

-Cálmate. Solo es por seguridad. –Dijo Cristian poniendo el arma en su regazo pero sin soltarla. Y volteando a ver a los misteriosos hombres que los seguían.

-Creo que ese tipo ya sabe que vamos por él. No deja de ver por el

retrovisor. –Le dijo Alfiler a su compañero.

-Entonces no pierdas más tiempo. –Dijo Aguja, acelerando para quedar casi a lado del vehículo de Cristian.

Cristian no dejaba de ver por el retrovisor. Justo a tiempo pudo ver el brillo metálico que salía por la ventana del vehículo que estaba ligeramente detrás de ellos.

Distinguió el cañón del arma. Su cuerpo reaccionó por instinto. Se aferró al arma volteando rápidamente para apuntar contra los del vehículo contrario. El primer disparo de Alfiler hubiera sido certero de no haberse girado Cristian, la ventana del asiento trasero se desmoronó, el respaldo de la cabeza del asiento del conductor voló y el radio del automóvil se destrozó como por magia.

Alicia grito del susto por lo que estaba pasando. Cristian no se inmuto por ello y disparo una vez contra los agresores para volver a tomar el control del volante y acelerar todo lo que la maquina podía.

Alfiler ni siquiera tuvo que tratar de esquivar la bala de Cristian. Lo único que provocó fue un leve impacto en el parabrisas blindado del automóvil de Aguja. Alfiler siguió disparando a pesar del zigzagueante andar del vehículo de Cristian. Destrozó el espejo retrovisor y el parabrisas trasero que voló dentro de la cabina.

-¿QUE ES LO QUE PASA? –Gritó Alicia.

-¡AGACHATE Y NO LEVANTES LA CABEZA!

Cristian dio un violento giro al volante para salir de la carretera. Aguja no anticipó eso, pero su agilidad era muy buena por lo que lo pudo seguir rápidamente.

El polvo del desierto se levantaba por la velocidad de los vehículos, creando una nube parecida a una tormenta. La visibilidad se volvió difícil pero Alfiler no dejaba de disparar, apuntando a las llantas del auto delantero.

Cristian seguía conduciendo errático para levantar más polvo. Escucho un estallido de repente, seguido de un jalón repentino del volante. Una de las balas de Alfiler llego a su objetivo y reventó uno de los neumáticos traseros. El descontrol del vehículo provocó que golpeará el auto de Aguja con un fuerte coletazo que sintieron nuestros cuatro personajes.

Por el golpe, Aguja perdió el control de su camioneta, Alfiler soltó su arma y perdieron de vista a sus presas entre el polvo que levanto su vehículo al girar sin control. Tan poco podía ver Aguja, que no pudo ver que se estaba precipitando hacia una roca lo suficientemente grande como para poder levantar su camioneta por la velocidad que llevaban y volcarlos de lado.

Cristian no dejo de manejar el vehículo, aceleraba a pesar del neumático destrozado y sin saber a qué dirección se dirigían. El polvo volvía todo una ilusión borrosa.

De repente Cristian pensó que en verdad estaba alucinando ya que súbitamente en el desierto apareció un montón de maleza, casi como si hubieran entrado a un oasis escondido. El desierto se cambió a un bosque verde y frondoso, en el cual no sería raro esperar un árbol. A no ser que apareciera de repente frente a un automóvil en despavorida persecución. Si de por sí, Cristian no se había recuperado del impacto de la persecución y del repentino cambio de escenario, el que un árbol apareciera frente a él en una colisión inminente no ayudaba a su buen pensamiento. Lo único que pudo hacer fue tratar de dar una vuelta rápido, que solo termino en un derrape ostentoso y en una colisión casi espectacular de un costado del vehículo con la mole de madera. Después de eso, un rato de calma.

Alfiler no sufrió ningún daño por el accidente. Salió rápidamente del auto para tratar de no perder de vista a sus presas. Se froto los ojos, ya que creyó poder ver la nube de uno que dejaba el vehículo que perseguían, pero el auto en si había desaparecido. Solo estaba el desierto.

Capítulo 2

2. Al otro lado del espejo.

A pesar de la soledad del desierto, todo el espectáculo fue admirado por muchos ojos inquisitivos. Una víbora de cascabel miraba con especial atención el auto volcado en el desierto y a sus desorientados ocupantes.

No prestaba atención al águila real que se acercaba a ella con sus garras apuntando hacia ella. Volando en picada, nadie podría imaginar que la pobre víbora se pudiera salvar de ser devorada. Pero en el último instante antes del contacto el águila desplegó sus alas y disminuyó su velocidad. Lo más impresionante para cualquier otro espectador sería ver como las alas de la imponente ave, perdían sus plumas y de ellas surgían unos fuertes brazos, su tamaño crecía y en el lugar donde estaban las garras plantaron en el piso del desierto unos pies humanos. El pico dio forma a una nariz y boca de un hombre fornido, moreno en piel de desierto y de facciones que reflejaban una ascendencia indígena.

-Vi todo desde el cielo. -Habló dirigiéndose a la víbora de cascabel. -Uno de los autos atravesó el espejo.

La víbora se irguió. De la misma manera que el hombre que estaba a su lado, cobró más tamaño y de su tronco salieron amorfos tentáculos que cobraron forma de brazos. El ruidoso cascabel se partió en dos para dar forma a lo que serían las piernas de otro hombre. Más delgado y con facciones más afiladas que las de su compañero.

-Hay que avisar en el pueblo. -Le contestó al "Hombre Águila" -Llama a los otros, tenemos que evitar que esos de ahí sigan husmeando. Parece que son peligrosos y andan armados.

-¿Que haremos con los que entraron?

-Avisaremos a Guerrero y al Alcalde Harry para que se preparen. Pero el bosque y los alrededores del pueblo pueden ser peligrosos para los que no saben andar por ellos.

-¿Crees que no tengamos que preocuparnos por ellos?

-No es algo que deseé. Aunque posiblemente sea lo mejor.

Se dice como leyenda. Que Alexander Fleming descubrió la penicilina por un error casual, dejando olvidados unos cultivos en cajas de Petri, sobre las que había estornudado sin querer; mientras se iba de vacaciones. Que la Teoría de la gravedad se ideó casualmente por la caída de una manzana.

Se le llama milagro cuando una persona sobrevive a un accidente fatal, en donde la mayoría no vive para contarlo o cuando alguien se recupera misteriosamente de una enfermedad fatal.

Sea por casualidad o por milagro. Por una conjunción de hechos o una decisión divina. Cristian y Alicia se encontrarían dentro de poco en una situación que les daría lo que realmente querían. Un verdadero cambio en sus vidas.

Cristian se estaba despabilando del impacto que acababa de sufrir. Se había lastimado y posiblemente roto una pierna. Pero agradecía que solo haya sido eso considerando las circunstancias.

Alicia abrió de golpe la puerta del copiloto y salió corriendo para quedar confundida, llorando, sin saber a dónde ir. Se quedó parada a escasos metros del auto semidestrozado. Estaba adolorida y no podía armar una idea de lo que acababa de pasar.

-¡ESPERA ALICIA! –Grito Cristian al ver la reacción.

-¿EN DONDE ESTAMOS? ¿PORQUE NOS DISPARARON? –Gritaba Alicia poniéndose las manos en la cabeza como si una terrible jaqueca amenazara con volársela. -¡¿PORQUE TIENES UNA PISTOLA?! ¡NO ENTIENDO NADA!

-Déjame explicarte. –Le dijo Cristian intentando salir del auto. La puerta del conducto había quedado atascada por el impacto con el árbol. Por lo que intentaba salir por la puerta del copiloto jalando su atrofiada pierna.

-¡NOOOO! ¡DEJAME EN PAZ! Tú nunca has explicado nada. –Alicia le dio la espalda y se alejó de su padre a pasos grandes y decididos.

-¡NOO! ¡ALICIAAAA! ¡ESPERA! -Grito Cristian sin causar ningún efecto. Y el lograr salir del vehículo tampoco fue de ayuda, ya que al no poder mantenerse en pie solo logró caer de bruces sobre el pastoso suelo.

La caída provocó un renovado dolor en su pierna. Que lo inhabilitó para incorporarse y seguir a Alicia quien ya se había perdido en medio de la maleza. Por lo que se quedó tirado y gritándole a Alicia cual animal

atrapado en una trampa.

Aguja y Alfiler salieron del accidente sin más que unos moretones. Ya estaban acostumbrados a situaciones adversas. Su infame trabajo requería no quejarse de las circunstancias y cumplir su trabajo de manera efectiva, si no eran ellos, de seguro lo harían otros; no sin graves consecuencias para ellos. En su trabajo, vives mientras sigas siendo efectivo.

Tenían que volver a ponerse en curso en breve. Sabían que el auto de Cristian no tenía una llanta por lo que no podían llegar muy lejos. A pesar de que parecía que se los tragó la tierra, los encontrarían de nuevo. Estaban seguros de ello.

-Toma las armas y la comida, Alf. Pongámonos en marcha. -Le dijo Aguja en tono imperativo.

-¿Vamos a caminar por el desierto hasta encontrarlos?

-Sí. Tenemos que completar el trabajo. Después de eso regresamos a la carretera a buscar como regresar.

-Deberíamos pedir ayuda a alguno de los contactos.

-Pues habla. De todas formas tardaran en llegar.

Alfiler sacó su celular y lo miró con extrañeza.

-No hay señal.

-Prueba con la radio. Aunque según sé, este lugar es famoso por que las señales de comunicación se pierden en algunas zonas. Por eso le dicen la zona del silencio.

-Supongo que solo queda avanzar hasta encontrar al bobo que buscamos y que el celular recupere la señal.

-Pues recojamos las provisiones y sigamos.

Los dos hombres se dirigieron al compartimiento trasero de su vehículo ahora arruinado. Un cuchicheante sonido les llamó la atención. Un sonido de sonaja que no les era desconocido y se imaginaron fácilmente de que se trataba. Una víbora de cascabel se interponía entre ellos y la camioneta.

-¿Tienes tu arma Alf? –Dijo Aguja sin perder la calma.

-Se me cayó durante la persecución.

El encuentro fue como un reto. La víbora no dejaba de mirarlos y ellos no dejaban de mirarlos. Con leves movimientos que realizaban los hombres, la víbora los seguía con la mirada de manera minuciosa.

-¿Te arriesgas a pasar por un lado de ella Alf?

-Aunque quisiera confiar en que arrastraras mi cuerpo moribundo por el veneno, a través del desierto. Prefiero no arriesgarme.

-Pues al menos busquemos una rama o unas piedras para ahuyentarla.

Retrocedieron de su posición lentamente, sin dejar de observar al acosador reptil. Otro sonido los hizo detenerse y pensar en si era necesario voltear a sus espaldas. Un gruñido que posteriormente se hicieron dos. Se giraron lentamente para confirmar sus miedos. Detrás de ellos estaban dos lobos mexicanos y detrás de estos parecía que estaban unos coyotes.

-Para ser un desierto, hay una población muy territorial. –Dijo Alfiler.

Se alejaron de los lobos y de la víbora caminando de costado lentamente. Si ellos daban un paso, los lobos daban un paso. Los coyotes se unieron a los dos lobos codo con codo, uniéndose en el amenazador coro de rugidos. Aguja y Alfiler no demostraban temor, pero eso no evitaba que retrocedieran a pasos cada vez más constantes.

Uno de los lobos se adelantó al resto de la jauría y lanzó un denso ladrido que fue interpretado como un "corran". Todos obedecieron la orden, incluidos Aguja y Alfiler.

Solo se quedaron la víbora de cascabel y el lobo que había dado la orden de caza. Cuando consideraron que los intrusos estaban lo suficientemente lejos, la víbora se irguió tomando forma humana. Como ya lo había hecho antes.

-Llévenlos hasta la carretera y asegúrense que se mantengan ahí. Manden a alguien para que pase por ellos y los saque de la zona en uno de los jeeps. –Le dijo al lobo y este salió corriendo para darle alcance a su jauría.

Aguja y Alfiler tuvieron que andar a trote por veinte minutos antes de llegar a la carretera y que los lobos les cesaran de acosar.

Cristian se incorporó con dificultad. El dolor de la pierna no era constante, pero era insoportable al tratar de apoyarse en ella. Por lo que solo estaba recargado a lado del automóvil sin moverse demasiado. Seguir gritándole a Alicia parecía infructuoso en esos momentos; de igual manera se decidió a no mirar atrás y seguir caminando.

En algún momento de su vida Cristian pensó que había tocado fondo; ahora veía que en ese momento se equivocó, ahora si había tocado fondo y se estaba ahogando irremediabilmente. Perdido en medio de quien sabe qué lugar, con una hija perdida que lo odiaba, una pierna atrofiada, con unos asesinos buscándolo y sin medio alguno para defenderse. El revólver solo tenía cinco balas y no creía que eso fuera suficiente para defender o conseguir comida.

Por un fugaz momento consideró que una de las balas bien podría servir para sí mismo. La idea se disolvió con la misma rapidez con la que llegó. Hacer eso implicaría dejar a Alicia sola en medio de ese lugar desconocido. Eso era algo que Cristian ya no estaba dispuesto hacer. Después de todos los errores de su vida llego un punto en que había decidido darle un giro a esta. Él que aún no sepa ¿cómo? es solo circunstancial, pero sabía que tratar de reparar su relación con Alicia era el primer paso. Además, había dos tipos que viajaron desde muy lejos dispuestos a desperdiciar un montón de balas en él; no sería justo negarles el gusto de esa manera.

Quedarse parado, inmóvil por la nimiedad de tener una pierna lastimada no era opción. Había que moverse sin importar el dolor. Tomó el revólver. A saltos y zancadas logro moverse con limitada pero constante agilidad, siguiendo el sendero que Alicia había tomado.

No se dio cuenta, que desde el momento en que habían entrado en el bosque perdido en el desierto, unos ojos inquietantes los habían estado observando. El personaje que lo observaba sintió el deseo de seguir a Alicia, pero prefirió quedarse a observar a Cristian. Ya que a final de cuentas, Cristian era el que tenía un arma y representaba un peligro mayor para la pequeña comunidad a la que este personaje pertenecía.

Alicia seguía caminando sin detenerse sin saber a dónde iba. No es que le importara mucho. El miedo se estaba yendo rápidamente. Si hay algo que podía definir a Alicia era su capacidad e sobreponerse a las situaciones adversas, no por nada siempre se sintió como un pez nadando contra corriente. Ahora solo le quedaba la una opresión en el pecho a la que por constante ya estaba familiarizada. Un enojo reprimido le obligaba a no voltear atrás y seguir caminando para alejarse de todo e ir a quien sabe dónde. Alejarse del desierto que a estas alturas parecía que era la ilusión

y no este bosque desconocido; alejarse de los hombres que los amedrentaron sin razón aparente y sobre todo alejarse de su padre.

Su padre. Sabía que estando en el estado que estaba; confundida, desorientada, algo asustada y profundamente enojada; no podría hablar confiadamente con él. Cosa que nunca había pasado en realidad.

Tal vez caminar hasta perderse era la mejor opción. No es que nunca hubiera acariciado esa idea. Muchas veces tuvo intenciones de escapar y ver el mundo. En su imaginación se perdía en ese mundo donde encontraba amor, éxito y aventuras; en su mente encontraba un lugar que era suyo nada más y en el que era feliz. Era una idea inocente, como la puede tener una adolescente, pero era mejor a la cruda realidad de ser completamente ignorada.

Alicia a pesar de ser lista y de hecho nada fea. Carecía de la mayoría de las habilidades sociales que la mayoría de los adolescentes desarrollan. Posiblemente por no tener a mucha gente a su alrededor con quien hablar o con quien jugar.

Desde los 5 años Alicia estuvo al cuidado de una vieja vecina solterona que se preocupaba más por ver novelas lacrimógenas que en prestarle algo de atención. Todas las mañanas su padre salía a su trabajo y la dejaba con esta despreocupada persona, regresando hasta muy tarde y con bastante cansancio. Alicia paso su temprana infancia sin ir a parques o jugando con más niños, lo que comenzó con su introspección.

Pasó el tiempo. Entró a la escuela y sintió la necesidad de interactuar con los demás. Cosa que no le resultó muy edificante, ya que a cada intento demostraba tener desconocimiento de cómo llevarse con la gente y eventualmente se le fue relegando a un nivel de la torpe de la clase.

Se creó un círculo vicioso en su vida. Le dolía estar apartada de la gente, pero le era difícil acercarse por el miedo a la humillación; provocando que se aislara cada vez más.

Sin darse cuenta elegía vestirse de manera en que llamara cada vez menos la atención. Y procuraba cada vez, lugares menos concurridos. Prefería actividades solitarias. Especialmente enfrascarse en algún libro. Por lo cual, su refugio favorito era la biblioteca. Ahí descubrió otros fascinantes mundos de leyendas épicas en donde poder proyectarse. Ahí el mundo no era tan insípido.

“Cuídate de lo que deseas” leyó en alguna ocasión. Acaso la situación en la que estaba ahora no era lo más parecido a una aventura de las que había leído. Posiblemente solo era un sueño, eso explicaría los cambios repentinos de parajes. Alicia seguiría recostada en su cama y nunca les abrían disparado en medio del desierto. Se despertaría antes de que

sonara el despertador y se quedaría recostada esperando a comenzar otro día sin chiste. Alicia ya no sabía si ese escenario era mejor, pensándolo detenidamente.

Sabía que no era un sueño. A pesar de las incoherencias de la última hora, sabía que había pasado viajando varias horas en automóvil; lo entumido de sus piernas lo demostraba. La tierra del bosque crujía por las ramas y hojas secas que pisaba. Y el bosque, el cual no se había puesto a ver con detenimiento, estaba extrañamente vivo. Había flores con colores muy llamativos, más grandes y con formas extravagantes. El bosque era más exótico de lo normal. Una combinación entre bosque y jungla en el que extrañamente dejó de sentir el calor sofocante del desierto.

El repentino redescubrimiento del bosque-jungla provocó un leve estado de sorpresa en Alicia, que alejó el enojo, el miedo y la incertidumbre. Ahora ya no avanzaba a pasos rápidos y seguros, sino lentos y vacilantes; observando cada detalle que le pareciera fascinante.

Al girar y observar todo con profundidad pudo ver entre las hojas la luz de sol del desierto. Se acercó a la fuente de luz quitando hojas y ramas de su camino. El desierto se le presentó como si viera por una ventana imaginaria, apartando una cortina de hojas. El desierto seguía ahí, pero Alicia ya no estaba segura de sí su cordura también lo estaba.

Parecía que estaba al límite del bosque-jungla o al límite de la locura. El desierto terminaba sin más ni más en donde empezaba la flora del bosque. Un límite tajante y muy bien trazado. Alicia sacó la mano hacia el desierto, tanteando por si había una barrera parecida a un vidrio o algo parecido. Pudo sacar el antebrazo sin ningún impedimento, pero inmediatamente sintió como el sol del desierto quemaba su piel. El sorprendente cambio de temperatura le hizo contraer rápidamente el brazo.

La extraña situación la dejó un poco desorientada. No sabía si salir de aquel bosque y salir al desierto que en teoría era la parte real de su viaje. Es decir ¿Cómo era posible que un bosque como ese no figurara en el mapa? Su desorientación la impulsaba; sin querer y en contra de lo que estaba pensando; hacia dentro del bosque. Dando pasos torpes hacía atrás, sin mirar a donde iba.

Si Alicia no hubiera estado tan desorientada y tan absorta en sus pensamientos, se hubiera dado cuenta de la pesada mole que se le acercó por la espalda y la observaba con curiosidad. No con malicia ni con furia, la miraba como Alicia miraba hacia el desierto con confusión.

El choque que se dio, gracias a que Alicia no miraba su andar no le causó mayor conmoción al nuevo integrante del paraje. Alicia en cambio se heló. No había chocado con un árbol, eso era seguro. Con lo que había chocado,

respiraba lentamente, estaba cubierto todo de un sedoso pelo y tanteando un poco por su estatura, pensó que definitivamente era mucho más grande que ella.

Alicia sintió como un enorme hocico se le acercaba y la olisqueaba. Un fuerte y cálido aliento le humedecía la mejilla. El hocico del animal que tenía detrás de ella era enorme, le parecía que toda su cabeza cavia en esa enorme boca.

Las piernas le temblaban. No se sentía paralizada por el miedo, como suelen decir en las películas, pero no sabía si era conveniente correr, quedarse quieta o hacerse la muerta. Una decisión equivocada y el enorme animal le podría quitar la cabeza de tajo.

El animal bajaba su hocico para olerla toda. Sentía que la blusa negra que llevaba puesta se le empapaba en la espalda. Cuando llegó a los jeans a la altura del trasero se contuvo de dar un grito, pero no pudo evitar caerse cuando sintió un fuerte empujón que le dio el animal con el hocico. Cayó de frente apenas pudiendo meter las manos.

Se giró rápidamente y pudo ver por fin a la enorme mole que la acosaba. Parecía un Oso enorme, más descomunal de lo que sabía que podía ser un oso. A cuatro patas como iba, debía de medir unos dos metros de alto; el hocico era mucho más abultado que el otro mamífero que hubiera visto; de no ser una mole de 2 toneladas cualquiera vería un animal de apariencia muy tierna. Especialmente si no tomabas en cuenta las garras de treinta centímetros que sobresalían brillantes de sus patas delanteras.

Alicia considerando que quedarse inmóvil ya no era una opción se movía lentamente hacia lo que consideraba "camino más estrecho" y que ese enorme animal le fuera difícil seguirla. El animal notó eso, pero en lugar de seguirla se irguió y mostró su magnífica altura; erguido el animal debía de medir tres metros de altura.

Alicia espantada, se levantó sin medir si era lo mejor y se replegó contra unos árboles que le parecían estar muy estrechos para que pudiera atravesar el enorme animal. El animal dejó caer su enorme tonelaje y provocó algo parecido a un pequeño terremoto. Las ramas de los árboles en donde Alicia apenas podía avanzar se desprendieron de sus troncos. Alicia apenas pudo ver por donde pisaba, por lo que no era sorpresa que se tropezara cual película de terror de bajo presupuesto, pero sí fue sorpresa que una gruesa rama le cayera sobre las piernas, dejándola semi consciente e inmovilizada.

La enorme criatura parecida a un oso ni siquiera se molestó en seguirla. En realidad lo que hizo fue mirarla donde estaba tendida y luego se tendió

también en el suelo y se quedó profundamente dormido.

Cristian no había avanzado mucho en su recorrido y ya estaba severamente cansado. El tener que apoyar todo su peso sobre una sola pierna había provocado que ahora le doliera también la pierna que tenía sana. No todo era malo. La densidad del bosque hacía fácil poder impulsarse con las manos, pero no era un chimpancé para no cansarse con ese movimiento.

De vez en cuando lanzaba un grito para tratar de llamar la atención de Alicia. No obtenía respuesta alguna. Temía que Alicia ya estuviera muy lejos, que le hubiera pasado algo o que simplemente había tomado un camino diferente, en cuyo caso se podrían considerar más perdidos que antes. Por absurdo que pudiera sonar.

Se detuvo un momento a tomar aire y recuperar algo de fuerzas. El ruido que producía al mover las hojas y ramas le impedía agudizarse, pero ahora que se había detenido pudo percibir un segundo grupo de sonidos, como una persona que estaba siguiendo su mismo camino de ramas y hojas.

No era Alicia. Ella hubiera respondido cuando le gritaba. Tal vez eran los sicarios que los atacaron en el desierto, era lo más probable. Sujetó el revólver y se puso a cubierto detrás de un árbol, apuntó a donde creía que venían los sonidos de maleza. El sonido se había ido. El silencio no lo tranquilizó, de hecho lo puso más nervioso. De repente el sonido de la maleza cambió de lugar. Cristian cambió de dirección a donde apuntar, le pareció ver un borrón grisáceo que atravesaba el bosque.

Los sonidos de la hierba se multiplicaron hasta que parecía que todo el bosque estaba en movimiento. El borrón grisáceo aparecía y desaparecía por donde Cristian miraba. Apuntaba a donde veía el borrón, pero este desaparecía al instante y aparecía en otro lugar. Ya no sabía si era una alucinación por algún golpe que se hubiera dado en la cabeza, pero la tensión que le ponía el ruido se escapó en forma de un grito.

-¡BAAAATAAAA!

Y todo se detuvo.

-¡¿HAY ALGUIEN AHÍ?!

Todo se mantuvo callado por un momento. Cristian no dejó de apuntar con el revólver.

-¿Quién pregunta? Jejeje –Contestó una voz procedente de la ningún lado. Era una voz aguda y burlona.

-¿QUIEN ERES? ¡DEJATE VER! – Gritaba Cristian con furia.

-No. No. No. Tú no has contestado mi pregunta. Jejeje –Dijo la voz extraña.

-¿Cómo?

-Vienes a mis dominios, armado y te niegas a decirme tu nombre. Eres un muy mal huésped. Debo decirte que no soy bueno con los mal educados. Jejeje.

-Está bien. –Dijo Cristian confundido pero más calmado. – Me llamo Cristian Andrés, sufrí un accidente. Mi hija está perdida y necesito ayuda.

-Así está mejor. Sé más amable y yo te podría ayudar. Jejeje.

-¡DEJA DE REIRTE NO ES BROMA! – Grito Cristian volviendo a enojarse.

-Vueelveees a ser groserooo. –Dijo la aguda voz –Y aun no dejas de apuntar con tu arma. Eso tampoco es amable. Jejeje.

Cristian suspiro para poder volver a relajarse.

-Por favor. Necesito ayuda. Necesito llamar a la policía del pueblo más cercano ¿Hay un pueblo cerca?

-Sí. Si lo hay.

-¿Podrías llevarme?

-Baja tu arma. Cristian Andrés.

Cristian se quedó pensando. Y tomó una decisión.

-Está bien. Mira. Bajo el arma. –Y lo hizo.

-Muy bien. Cristian Andrés. Ya me vas a ver. Jejeje.

El borrón grisáceo volvió a aparecer fugazmente. Cristian sintió a una persona parada a sus espaldas. Giró sobre si, dejando a su espalda el árbol en el cual se resguardaba y pudo ver de frente al hombre con el que hablaba. Pero no era particularmente un hombre, estaba vestido de harapos sucios, lo que le daba el color gris que había distinguido antes, su piel era pálida mas no daba signos de ser una persona enferma. Era

bastante alto y muy delgado, pero bastante intimidante.

Conforme subió la mirada, para chocar con el rostro del misterioso personaje, una terrible sensación oprimió su corazón. Su rostro estaba cubierto por una manta deshilachada, solo se asomaban los ojos por un espacio estrecho. Solo le basto con ver los ojos para darse cuenta de que ese hombre no era normal, sus pupilas eran amarillas y desproporcionadas, eran demasiado grandes. Eran ojos de animal, un lobo o tigre.

Instintivamente Cristian tuvo que volver a levantar el arma. Pero el extraño personaje fue muy rápido y de un rápido movimiento golpeo la mano de Cristian causándole un fuerte dolor que hizo que soltara el revólver, saliendo volando para perderse en la hierba.

La mano de Cristian punzaba de dolor. Se la miró y vio que unas largas rajadas le sangraban. Miró la mano de su agresor y comprobó que no tenía manos, sino garras. Sus dedos eran deformes y alargados, terminando en afiladas garras.

-Volver a apuntarme con tu arma no fue amable. Jejeje. –Dijo la criatura con su voz aguda.

-¿Q... quién eres? –Preguntó Cristian sin dejar de mirarlo asombrado.

-Aaah. Que descortesía la mía. Me dicen Coyote. Ahora si me lo permites, tengo cosas que hacer. Así que acabare rápido contigo. Jeje.

-D...Dijiste que me ayudarías.

-No. En realidad no. Solo dije que bajaras tu arma. Jejeje. –Dijo la criatura bajando la mirada y viendo a Cristian a los ojos. Cristian sabía que detrás del trapo que cubría su rostro había una sonrisa monstruosa. –No te lo tomes a mal Cristian Andrés. Ya engañaba a tipos como tu antes de que tus padres nacieran. Jejeje. Bueno antes de que tus bisabuelos nacieran.

-Hee. Pero... es que... -Cristian solo podía balbucear ante la confusión.

Coyote tomo a Cristian del cuello y lo elevó. Cristian paro de balbucear al sentir la deforme garra oprimiendo su cuello. Sus pies ya no sentían el suelo y solo podía patalear. Aunque llegó a darle algunas patadas a su agresor, este ni siquiera se inmuto.

La garra libre de Coyote se desplegó mostrando sus afiladas garras en todo su esplendor. Su brazo se convirtió en un borrón que atravesó de lado a lado el estómago de Cristian. El dolor recorrió todo el cuerpo de Cristian hasta llegar a la garganta que no pudo proferir grito alguno por la

garra que bloqueaba su garganta. Aun así, el calor de la sangre recorría su cuerpo hasta sentir como se acumulaba en su boca.

Coyote acercó a Cristian para tener sus ojos frente a frente.

-No te lo tomes a mal Cristian Andrés. Es solo que los de tu especie no me caen muy bien que digamos. Jejeje.

Flexionando el brazo hacia atrás, Coyote lanzó a Cristian lo más lejos que pudo. Cristian sintió la fricción del viento como si estuviera en un cohete. Chocando con ramas y hojas, su trayecto terminó al estamparse con un árbol que lo paró en seco.

Cristian se desplomó en el suelo como un muñeco de trapo. Con más de unos cuantos huesos rotos, el estómago perforado y una pierna inutilizada. El shock estaba invadiendo el cuerpo de Cristian pero aún tenía pensamientos en su mente que amortiguaban el dolor.

Pensaba en el sentido de lo que estaba pasando ¿Era su castigo personal? ¿Acaso estaría en el infierno y no se había dado cuenta? Posiblemente los sicarios que los perseguían en el desierto habían tenido éxito y ni siquiera lo sabía. Todo lo que había pasado en estas horas era demasiado irreal como para no ser así. Cristian sabía que perdería el conocimiento de un momento a otro y solo quería gritar por Alicia, pero la sangre que brotaba de su boca lo impedía.

Por un momento pudo ver a su esposa que lo llamaba suspendida en el espacio. Levantó la mano con lo poco que le quedaba de fuerzas para intentar la mano de su esposa. La única presencia tranquilizadora de su vida. Sintió como la punta de sus dedos tocaban la de su esposa antes de caer rendido y ver como su vida pasaba ante sus ojos.

Capítulo 3

3.Cristian. Todos los hombres tienen responsabilidades.

Cristian no sabía en ese momento cuanto se parecía a Alicia. Él también tuvo siempre una sensación de estar desubicado en el mundo.

Si Alicia sentía que Cristian era apartado, fue porque no conoció a su abuelo. Un hombre muy chapado a la antigua, que se conformaba con llevar el pan a la casa pero no se sentía a gusto en ella. Era un hombre muy básico, que no podía dejar de darse placeres mundanos. Un día decidió no desperdiciar más su tiempo en una familia que nunca quiso, para dedicarse a sus propios vicios sin mirar para atrás. Dejando esposa e hijos a su suerte.

En cierta manera esa decisión supuso un alivio para la familia Andrés. Ya no hubo peleas, golpes o gritos de borracho a la mitad de la noche. Pero supuso una carga económica mayor, especialmente para los hijos mayores de la familia. Cristian, el segundo hijo mayor de 6 hermanos 2 hombres y 4 mujeres; fue el segundo pilar en importancia de la familia. El primero fue su hermano mayor, Cesar, que fue el que más se preocupó por llevar comida a la mesa.

La madre de Cristian era una buena mujer pero demasiado ingenua y básica, como el hombre al que eligió como esposo. Nunca tuvo la decisión de cambiar su propia vida; en cambio siempre esperó que su esposo fuera el que cambiara. Después de que este, abandonara a la familia tomo la responsabilidad más en serio y pudo sustentar a la familia pero aun así; se apoyó como suele pasar, en el miembro mayor que le seguía. Lo que colocó a Cesar en una casi posición de jefe de familia.

Cristian creció admirando a su hermano. Fue el que más apegó tuvo hacia él y no cuestionaba sus decisiones. Común en un niño pero al llegar a la adolescencia esas cosas cambian. Cesar era 3 años mayor, proveía comida y el dinero suficiente para la educación de sus hermanos a costo de dejar el desarrollo de su propia vida. Cesar dejo de estudiar tempranamente y no era constante en el trabajo, pero aun así ninguno de los miembros de la familia se atrevía a cuestionar la procedencia de su sustento, el sólo salía con mochila a sus espaldas y regresaba. Él era el pilar de la familia y él sabía tomar las decisiones de la casa, con eso bastaba.

La admiración de Cristian por su hermano lo hizo padecer de una rebeldía temprana. Cristian quería ser como Cesar, pero Cesar no quería que Cristian fuera como él por alguna razón. Cesar quería que

Cristian siguiera estudiando y se forjara un futuro mejor del que él tenía; pero Cristian pensaba que no era necesario ya que si Cesar podía mantener una gran familia sin estudiar, él también podría.

Cristian fue de mal a peor en la escuela. Faltaba sin razón y se pasaba la mayor parte del tiempo perdiendo el tiempo. Sabía que el trabajo de su hermano no era rutinario. Iba y venía sin ningún tipo de orden o patrón. Cristian quería trabajar con su hermano y ser pilar de familia, por lo que la curiosidad de saber ¿a qué se dedicaba? era mucha.

Una noche, Cesar salió bastante tarde de la casa. Lo hacía muy regularmente por lo que nadie se preocupó por ello. Nadie excepto Cristian, que se fijó muy bien que nadie lo viera para poder seguirlo.

Caminaron por las oscuras calles. Era difícil seguirle el paso a Cesar ya que actuaba con mucho cuidado, como si supiera que lo estaba siguiendo. Caminaba por los rincones más oscuros, evitando las avenidas y las fuentes de luz. Llegaron a una colonia de edificios de poca renta cercana a donde ellos vivían, hogar de drogadictos y malvivientes. Cesar subió a uno de los edificios, pero Cristian considero que ahí ya no lo podría seguir sin ser visto, por lo que mejor decidió ver a donde entraba desde afuera.

Cesar no entro a ningún departamento. Solo tocó la puerta y un hombre salió a recibirlo. Sacó un paquete de la mochila y el hombre le entrego un rollo de billetes. Al bajar, Cesar siguió su camino y Cristian lo siguió a un lugar más y decidió que era hora de regresar a casa antes que Cesar.

Cristian siguió a su hermano en una ocasión más sin que este se diera cuenta. En la última no entregó paquetes, los recibió. Los misteriosos paquetes despertaron curiosidad a Cristian. No era un niño, era un adolescente que ya había escuchado de ciertas cosas de la vida. Tenía algunos amigos de la secundaria que se drogaban con marihuana y mencionaban a algunos que usaban cosas más fuertes. La cosa, era que se negaba a creer que su hermano se dedicara a distribuir esas sustancias. Cesar no era adicto, eso lo sabría. Pero sería posible que en todo ese tiempo así haya mantenido a la familia. No eran ricos, ni siquiera podrían presumir de ser clase mediera, pero su madre se preocupó por darles valores a pesar del mal ejemplo de su padre. Cristian quería satisfacer sus dudas, pero temía como reaccionaria Cesar.

Como suele pasar en alguna ocasiones. La situación se resolvió sola.

En la tercer noche que lo siguió, Cesar pareció desaparecer después de dar vuelta en una esquina. Cristian apresuro el paso al pensar que Cesar se había adelantado. Nada más lejos de la realidad. Cesar tomo

fuertemente del hombro a Cristian sin que este opusiera resistencia por la sorpresa. Cesar se había ocultado en el umbral de una cochera y Cristian se le había adelantado sin darse cuenta.

-¿Qué haces siguiéndome? –Preguntó Cesar con frialdad.

-Yo... yo solo iba a pasear. –Contestó Cristian.

-No mientas. Ya sospechaba que salías detrás de mí desde hace unas noches.

-Está bien. Solo quería ver en que trabajabas. Eso es todo.

-¿Qué es lo que has visto?

-Lo suficiente como para imaginar que haces. –Dijo Cristian con algo de pena en la mirada.

Cesar lo miró sin decir nada por unos segundos.

-¿No te gusta lo que hago? –Le preguntó Cesar sin dejar de mirar a su hermano pero dejando de lado la frialdad inicial.

-Me da igual, en realidad. Solo que no me imaginaba que eso fuera lo que hacías. Todos dicen muchas cosas y ahora es difícil decidir ¿Tu usas lo que vendes?

-En alguna ocasión lo probé pero solo eso. Y no quiero que tú lo hagas, por eso nunca dije nada. Esto no es un trabajo bonito. Muchos se pierden en él, otros logran salir pero nunca es bonito. –Le dijo bajando un poco la mirada. Sus ojos parecían los de alguien que sueña con tristeza. Cesar ya había pasado por mucho a su corta edad y sabía de lo que hablaba.

-¿Y porque lo haces?

Cesar se quedó callado nuevamente mirando a Cristian ya no con la autoridad que intentaba mantener en su papel de jefe de familia impuesto a la fuerza. Solo era el hermano mayor de Cristian, no mucho más grande que él he igual de confundido.

-Yo no soy muy listo Cristian. Ni tengo muchas habilidades ni sé muchas cosas. Solo tengo una responsabilidad que cumplir y mientras lo pueda hacer me siento satisfecho ¿Me entiendes? Hago lo que tengo que hacer. –Le dijo Cesar mientras soltaba un suspiro.

Cristian nunca había visto a su hermano de la manera que ahora lo veía. Se supone que tenía 17 años y efectivamente lo veía ahora

de esa edad. Ya no tan magno como acostumbraba a verlo. Acaso, la fortaleza era solo una máscara que se ponen las personas o era que Cristian vio siempre lo que él quiso ver para sentirse más seguro.

-Creo que si entiendo.

-Cristian. No quieras ser como yo. –Le dijo poniendo las manos en los hombros. –No quiero que seas como yo. Debes ser mejor que yo. Prométeme que vas a aplicarte en la escuela y que no le vas a decir lo que sabes a mamá.

-Ok.

-¿Promesa de hombres?

-Promesa de hombres. –Contestó Cristian con una sonrisa.

-Muy bien. Mejor regresa a casa. Yo tengo trabajo.

Así termino esa noche, Cristian cumplió con su promesa. No es que fuera un excelente alumno en la escuela, pero se esforzaba sin importar que tan difícil le pareciera un tema o una materia. Eventualmente consiguió trabajos de medio tiempo con lo que ya apoyaba más a la casa, le fue difícil llevar el ritmo, pero se sentía útil y eso era suficiente para él.

La vida siguió normal por un tiempo. Hasta que por alguna razón Cesar se mostró un poco más retraído y distante. Nunca quiso hablar de lo que le aquejaba. Una noche en las que tuvo que salir se despidió extrañamente más cordial de la familia. Esa noche ya no regresó a la casa.

En las primeras instancias se llegó a pensar que había huido igual que su padre. Eso fue hasta que su cuerpo se encontró en un trecho cercano a una carretera alejada de la ciudad. Varios disparos fueron la causa de su muerte. La mayoría no se explicó lo sucedido, algunos hicieron sus conjeturas y Cristian también lo hizo. Pudo ser que cometió un error o se topó con un rival, la respuesta real fue algo que Cristian jamás averiguó.

En algún momento, la policía llegó a la casa para hacer preguntas sobre lo acontecido. Uno de los policías le pregunto directamente a la madre de Cristian sobre si sabía alguna razón por la que lo pudieran haber matado, si tenía algún enemigo o si sabía si estaba en algún negocio peligroso. Ella no negaba nada, solo decía que no sabía. Terminó el interrogatorio diciéndole al policía "lo único que se dé Cesar es que fue un buen hijo que siempre vio por su familia, nada malo había en eso". Cristian llegó a pensar que su madre siempre supo el secreto de

Cesar o al menos lo sospechaba.

La familia sufrió, pero se recuperó. Cristian trató de mantener su ritmo en la escuela, pero eventualmente le fue imposible. Consiguió a los 15 años un trabajo formal. Sus hermanas conforme crecían se pudieron anexar a la vida laboral. Algunas tuvieron más suerte que otras. Se casaron o estudiaron, pero cada quien empezó a hacer su vida. Igual que Cristian.

Para los 18 años Cristian consiguió un trabajo en una empresa pequeña pero de altas ambiciones en el rubro de la venta de herramientas. Tenía un modesto puesto en la bodega. Había aprendido a ser empeñoso en lo que hacía por lo que su jefe lo considero rápido para un aumento de sueldo. Con el dinero extra y con el desahogo de que los demás miembros de la familia ya estaban empezando a apoyar económicamente considero en retomar los estudios.

Tardía pero de manera entusiasta retomó su educación de preparatoria. Ser el alumno más grande no represento un gran problema, se hecho fue algo que disfrutó ya que pudo retomar experiencias que no pudo aprovechar a su tiempo, como el hecho de flirtear con chicas, las cuales se sentían atraídas hacia él por ser el chico "maduro".

Como suele pasar, las chicas que se rinden rápidamente ante un hombre no suelen ser las más interesantes. Por lo que Cristian puso los ojos en Claudia Alanís, una chica seria pero no introvertida; divertida pero no libertina y por sobre todo muy linda. Estaban en el mismo grupo. Ella apenas de 15 años parecía conocer más del mundo que Cristian, era más cultural y curiosa. Ya había viajado a todos los lugares interesantes del país y entre los planes de su padre era llevarla a conocer otras partes del mundo.

El padre de Claudia era un mediano empresario de altas expectativas y de contactos muy importantes. Quería llegar alto y quería que eso se reflejara en cada aspecto de su vida. Tenía buen ojo para las inversiones por lo que aunque a veces tenía que endeudarse para mantener un nivel de vida alto podía recuperarse rápidamente y así poder darle a su familia un nivel de vida aún mayor. En su mente, quería que Claudia tuviera una educación más pomposa de que le estaba dando en ese momento, pero solo era cuestión de tiempo para poder mejorar ese aspecto también.

Pero mientras los planes del padre de Claudia se daban. Cristian comenzó su labor de conquista. La verdad es que no fue algo del otro mundo, Cristian no era desagradable y Claudia no le parecía indiferente. Solo fue cuestión de aceptar las primeras invitaciones a salir

para que todo se diera de manera natural. Hubo detalles románticos, flores, chocolates y cenas, pero todo eso solo circunstancial alrededor de la atracción que se generó.

El padre de Claudia no veía a Cristian con buenos ojos. No creía que un obrero fuera el mejor partido para su hija, aun así no comentó su disgusto al considerar que la situación era temporal y que solo era un capricho adolescente. Debió de reflexionar más sobre eso, ya que los caprichos adolescentes suelen ser los más fuertes.

Con el tiempo la relación entre Cristian y Claudia se hizo aún más seria. Los días se pasaron rápido mientras estuvieron juntos. Las semanas se hicieron meses y los meses años, hasta que se llegó el punto en que ya habían terminado la preparatoria. Y sus vidas iban a tener que adaptarse de manera diferente. Claudia siempre quiso estudiar en el extranjero, además de ser una de las motivaciones principales de su padre, pero también quería quedarse con Cristian y esta diferencia de ideas le causaba conflicto. Cristian por su lado no había estado nunca seguro de lo que iba a estudiar después de terminar la preparatoria; suponía que esas dudas se resolverían con el tiempo, pero nunca se tomó mucho tiempo para pensarlo seriamente. La mayoría de sus dudas se resolverían en poco tiempo de una manera que no esperaban.

Para bien o para mal, la empresa del padre de Claudia dio los suficientes frutos para convertirse en un hombre con cierto grado de poder y con una gran arrogancia potenciada. Con su creciente mejora económica decidió que el futuro de su hija no debía estar ligado a alguien como Cristian.

Decidió esto en una mañana no particularmente buena para Claudia, que había estado con náuseas. Ya había ido al baño a vomitar en dos ocasiones y realmente no tenía ganas de levantarse. Su mente le estaba empezando a acosar con una idea.

“estas embarazada”

“no, no puede ser”

“Si, si lo estas”

“Nos hemos protegido”

“¿Cuánto llevas sin periodo?”

Claudia salió de su habitación solo para ir a la farmacia.

Mientras eso pasaba. El padre de Claudia citó a Cristian en su oficina.

Cristian tomó la llamada con algo de desconfianza. Si bien nunca hubo algún altercado entre ellos, estaba muy consciente de la desaprobación que este le tenía. Solo bastaba con verle a los ojos para saberlo, lo miraba como a quien ve a un bicho. Sin embargo no rechazó la cita, también podía representar una oportunidad para mejorar la imagen que tenía sobre él. Por lo que se vistió como si fuera a una entrevista de trabajo, su mejor ropa y su mejor perfume. Zapatos brillantes y un peinado ejecutivo. Representaba al Cristian que tal vez podría ser.

Llevo temprano y no le hizo esperar. En cuanto el padre de Claudia supo que había llegado lo mando entrar. La oficina representaba lo pomposo que el empresario quería representar. Un enorme librero con libros para adornar más que para leer, pero con nombres reconocidos en ellos, para que las personas que lo vean supongan un alto grado de cultura. El escritorio era imponente, innecesariamente grande y con adornos de ónix. La silla detrás del escritorio era como un trono oscuro que se giró lentamente para revelar el emperador de ese pequeño reino.

El padre de Claudia se había ganada a base de tenciones y enfrentamientos económicos, unas facciones duras y unas canas plateadas; algo orgullosas de ellas ya que le daban, según él, un aire de caballero de mundo.

Cristian quedo frente a frente a este hombre. Lo miraba sin desafío, cosa que no era respetada por el padre de Claudia que lo miraba con dureza sin decir nada, pero acribillándolo con los ojos, como si fuera un criminal.

-¿Mee... quería ver? -Dijo Cristian, rompiendo el incómodo silencio.

El padre de Claudia se quedó callado un momento más antes de dirigirle la palabra.

-Supongo que esperas que te diga que te sientes. -Dijo por fin.

-Hee. Bueno. No en realidad. Yo solo... -Cristian no sabía responder a la pregunta, ya que por cortesía y respeto no se sentó al llegar, pero no esperaba esa pregunta. Y por esa pregunta tomo la silla para sentarse, pero ese no era el fin de la pregunta.

-No te sientes. -Cristian se paralizó en seco. -Desde este escritorio e forjado mi imagen. Mi empresa y mi nombre. En esas sillas que están frente a mí, se han sentado personas a las que he considerado iguales o superiores a mí. Y tú. No eres ninguno de ellos.

Cristian se quedó como piedra. Mirando al hombre que tenía de frente. Este lo seguía mirando con horrible desprecio.

-Veras Cristian. Tú no eres alguien a quien yo pueda respetar.

-No sé a qué se deba lo que dice señor. Pero si es por su hija le juro que nunca le he hecho ningún daño. La quiero de verdad.

-Lo sé. No es porque le hayas hecho daño. Es porque no le vas a hacer ningún bien.

-¿A qué se refiere?

-Que tú eres nada Cristian. Y no creo que vayas a pasar nunca de eso.

-Señor. Yo sé que ahora no soy una personalidad o algo así, pero eso no quiere decir que no tenga ambiciones o que no vaya hacer algo con mi vida. Tengo planes. -Dijo Cristian visiblemente más alterado.

-En sería. Dime ¿Ya decidiste una carrera? ¿Tu trabajo actual te permitiría tenerla?

-Esas son circunstancias. No me clasifique por eso.

-Y dime ¿Tu hermano tenía ambiciones?

-¿Cómo..? -Cristian volvió a quedar como piedra.

-Sí. Te he investigado un poco. No es que sea paranoico. Solo soy un poco sobreprotector. -Dijo dedicándole una sonrisa con interpretación malévol. -Un drogadicto distribuidor de drogas de baja categoría que tuvo un fin muy poco agraciado.

-Mi hermano no era eso. -Dijo Cristian conteniéndose de gritarle en la cara a aquel hombre.

-¿No? El reporte de la policía es lo que dice, con palabras más políticas pero di la idea exacta de que era tu hermano. Y si tú eres la mitad de lo que él era. Entonces solo eres una gran basura.

-¡¿A QUE VIENE ESTO?! -Grito Cristian al no poder contenerse

más.

-¡A QUE TE MIRES A TI MISMO! Acaso crees que tú eres lo que quiero para mi hija ¿Tú crees que eres lo que ella merece?

Cristian bajo los hombros y recuperó la compostura. Suspiró un poco antes de proseguir.

-Señor. Yo sé cuál es el valor de tener una responsabilidad y el valor de cumplir esa responsabilidad.

-Eso no cambia nada. Lo he notado. Claudia se debate entre ti y sus ambiciones. Sin ti, ella no tendría que elegir. No veo en realidad porque está debatiéndose. Pero está enamorada, y eso es peligroso para tomar decisiones.

-Yo no pienso impedir que ella haga lo que quiere.

-No es necesario que le digas nada. Ella simplemente necesita tenerte en mente para considerar alternativas. Es lo malo de enamorarse no ves las cosas con realismo. Ella considera un futuro contigo.

-¿Y por qué no? ¿Por qué no podemos tenerlo?

-Tú. Ni siquiera sabes lo que quieres. Y eso es hacer castillos en el aire. Claudia puede tener un futuro grandioso si toma las oportunidades que su estatus le da.

-¿Y qué va hacer? ¿Va a prohibir que nos veamos?

-No. Tú vas a romper con ella.

-¿PORQUE DEMONIOS HARIA ESO?

-Porque es lo mejor. Si. Le romperás el corazón, pero eso ayudara a que quiera mudarse. Ella ira a estudiar al extranjero y se olvidara de ti, en algún momento.

-¿Creé que es así de fácil? Que voy a aceptar su plan así nada más.

-Así deberá ser. Veras Cristian. Yo soy un hombre capaz de tomar decisiones difíciles de la manera más fría. Por eso llegué a donde estoy. Tú no eres el primero al que tengo que convencer de algo y créeme que no eres el más fuerte. Puedo ser muy persuasivo si me lo propongo y soy muy tajante cuando lo hago.

-¿Es una especie de amenaza?

-Es lo que tenga que ser. Solo te sugiero que lo pienses detenidamente.

Cristian se quedó observando a aquel hombre sentado en un sillón casi parecido a un trono y distinguió un aura muy sombría. Se preguntó cómo era posible que un hombre como ese fuera el padre de alguien como Claudia. Este hombre transpiraba maldad.

Cristian pudo ver a través de la máscara de este hombre. No era un hombre noble y decente que conseguía las cosas a base de lucha. No. Era un hombre codicioso y hambriento de tener una posición superior a los demás y que era capaz de hacer lo que sea para obtenerlo. Cuanto de lo que poseía era producto de alguna extorción o de algún crimen.

Se dio la vuelta para salir de la oficina, pero antes de salir le dirigieron un último comentario.

-Por cierto Cristian. No le menciones nuestra plática a Claudia. No lo entendería.

Cristian no contestó. Se contuvo de tirarle regresar corriendo, tomarlo de su fino traje, tirarlo al suelo y molerlo a golpes. Lo merecía en realidad. Era un hipócrita. Le restregó en la cara lo que paso con Cesar. Pero al menos el ocultó sus errores por considerarlos malos. Este hombre lo que buscaba ocultar era su vileza.

Las ideas en la mente de Cristian se revolvieron después de esa conversación. En un principio el enojo le hizo aborrecer cualquier sugerencia del padre de Claudia. Pero la furia no fue permanente y dio paso a un grave sentimiento de inseguridad. Cristian había evitado por mucho tiempo verse a sí mismo y ahora dolorosamente lo estaba haciendo. Tenía que reconocerle algo al vil padre de Claudia, le dijo la verdad cruda de lo que él reflejaba, no era nada, no resaltaba en nada y no tenía un rumbo fijado. Que le podría ofrecer a Claudia, si solo era un barco a la deriva.

Además. El padre de Claudia sería un acechador que se encargaría de llevarlo hasta el límite para quebrarlo. Y tampoco veía a Claudia alejándose de su familia para estar con él. Claudia no había visto la cara fría y pendenciera que le mostro su padre ese día, jamás creería que fue capaz de amenazarlo de esa manera.

Las dudas comenzaban a poblar su mente, causándole una gran incertidumbre sobre continuar su relación con Claudia. Mejor ahora

que después, cuando ya sea más difícil, pensó en eso momento. Claro. Cristian no estaba consciente del revés que le iba a dar la vida. Cierta información que Claudia ya poseía y la llenaba también de dudas e incertidumbres muy relacionadas con las de Cristian.

Claudia tenía que platicar con Cristian y viceversa. Tenían la costumbre de verse en un jardín cerca de la casa de Claudia, ritual que habían hecho durante todo su noviazgo y ese día especialmente no tenían ninguna intención de cancelar.

El ambiente tenso se notó desde el principio. Cristian, sentado en la banca habitual pudo distinguir a Claudia acercándose a pasos pesados. Claudia pudo distinguir la falta de emoción al verla. Ambos tuvieron una muy mala espina de eso.

Cristian se levantó de la banca para recibir a Claudia. Solo se quedó mirándola sin decir nada. De la misma manera Claudia quedó frente a Cristian sin decir nada. Solo se miraron y dejaron que el tiempo se detuviera un instante.

Cristian tomó la iniciativa.

-Tenemos que hablar de algo.

-Yo también tengo que decirte. Es muy importante.

Cristian no estaba seguro si debía de cederle la palabra a Claudia. Se notaba desde que llegaron que no había buenas noticias de por medio. Y posiblemente para el caso, todo terminara en la misma situación: terminar con la relación. Posiblemente su padre ya había platicado también con ella y la convenció de lo mismo que a él. "Cristian vale poca cosa"

-Tu primero. – Le dijo al final. Si este era el final prefería que fuera ella la que lo dijese y no él.

-Estoy embarazada. –Se lo dijo tajantemente.

El tiempo se volvió a detener ante el silencio.

-¿Cómo? –Dijo Cristian impresionado.

-Tengo tres semanas. No te había comentado nada. No sabía cómo ibas a reaccionar; digo, yo no supe reaccionar. Tengo mucho miedo. Mi papá se va a infartar con esto.

Un nuevo tránsito de ideas le llegó de repente a Cristian y la imagen de un infarto del padre de Claudia le parecía la más hilarante.

Pero eso era algo que nunca iba a decir.

-Papá se ha esforzado para darme una buena vida. Quiere que vaya a estudiar al extranjero. Yo también quería. Pero ahora no sé. Esto lo vuelve tan complicado. -Le dijo Claudia mientras se le quebraba la voz. Tratava de mantenerse fuerte, pero no podía ocultar que se está desmoronando.

Cristian parecía estar en estado de shock. Había recibido mucha información para un solo día, y la verdad es que Cristian no era una persona que procesara rápido la información. Aparentemente entro en un modo automático en el que ya no importaba razonar, solo sentirse un poco mejor. Abrazo a Claudia y la pego a su cuerpo. No era por evitar que llorara o porque fuera lo correcto, era solo porque los dos se sintieron mejor así.

Claudia comenzó a llorar, no porque se sintiera más mal o más preocupada que el resto del día. Lloro porque se sintió lo suficientemente segura como para poder desahogarse.

Con una mano la abrazaba de la cintura y con la otra acariciaba su cabello. Cristian le susurró al oído.

-No va a pasar nada. Vamos a estar bien.

Las ideas de Cristian tomaron una dirección. Lo mejor que podía hacer en la vida estaba justamente frente a él. No importaban las dudas. Supo en ese momento que era lo que él era. No era el hombre más listo, ni con más habilidades, ni sabía muchas cosas, solo era un hombre con responsabilidades que cumplir y eso le daba sentido a su vida.

Jamás fueron mencionadas las dudas que Cristian tuvo a raíz de la plática con el padre de Claudia. De hecho esa plática jamás fue mencionada. No hizo falta. Claudia pudo ver el reflejo de lo que en realidad era su padre cuando al mencionarle su decisión de quedarse a formar una familia, este le sugirió fugazmente el aborto como una solución para no arruinar su vida. Claudia aborreció la idea al estar plenamente apoyada por Cristian. Su padre le advirtió del hecho de que jamás admitiría ni apoyaría su decisión. Y eso supuso la ruptura de la relación de Claudia con su padre.

Sufrió durante mucho tiempo ese distanciamiento, pero Cristian hizo un buen trabajo en lo que a apoyo y consuelo se refería. Pudieron vivir varios años en una situación lo más cercana a la felicidad. No sin que Cristian volviera a tener rozones con el padre de Claudia, quien lo culpó de lo sucedido. Se podría decir que quedaron en una posición de enemigos de por vida. Cristian no lo comprendió en ese momento pero

con el paso del tiempo vería que el padre de Claudia, era un enemigo de temer.

Pero mientras eso se daba. Los años que Cristian pudo pasar junto a su familia le pasaron como si de un sueño se tratara.

Capítulo 4

4. Amables lugareños

Cristian despertó del sueño con un terrible dolor en el abdomen. Abrió los ojos. Todo se movía y era borroso. Poco a poco todo se fue colocando en su lugar. O tal vez no. Parecía que había despertado en una cabaña o en una casa de madera tupidamente adornada con objetos que se contraponían en gusto. Haciendo todo un revoltijo visual de colores y formas. La mayoría reconocibles.

Un pin con el símbolo de amor y paz estaba colocado sobre un casco militar. Un atrapa sueños estaba colgado con un rosario de cuantas enormes y coloridas, además de tener una estrella de David en el mismo sitio.

Giro la cabeza y pudo ver que el lugar estaba iluminado con una lámpara de lava, varias velas y una lámpara de diseño extravagante color purpura. El recorrido visual le sugirió que se encontraba en la casa de algún coleccionista compulsivo de afiches o una bodega de alguna productora de televisión.

Vio una camiseta de "I love New York" con un enorme corazón rojo. En las paredes estaban acomodadas lanzas y cuchillos que parecían indígenas pero también una réplica de un sable laser de Star Wars. Varios carteles de películas, particularmente de terror, algunos bastante antiguos como uno de Béla Lugosi interpretando a Drácula.

Quiso levantarse, pero el dolor abdominal lo detuvo. Dio un quejido y se llevó las manos al estómago. Estaba vendado. Las vendas tenían una sensación extraña, como si estuvieran cubiertas con grasa o algún ungüento.

-Calmado amigo. -Escuchó una voz a sus espaldas.
-Despertaste más rápido de lo que pensé.

-¿Quién eres? ¿Dónde estoy? -Preguntó Cristian confundido.

-Tranquilo, no te exaltes. El ungüento cura bien y rápido pero eso no quiere decir que ya puedas ir a las olimpiadas.

-¿Qué paso? ¿Dónde está Alicia?

El hombre apareció por encima de su cabeza. Tenía una larga cabellera castaña amarrada a cola de caballo que le colgaba hasta

causarle comezón en la nariz de Cristian. Su piel era clara, de facciones finas y ojos azules. Parte de su rostro era cubierto por una estética barba pero sin bigote. Su vestimenta era muy humilde, consistiendo en una camisa blanca de lino y unos jeans deslavados azules.

-No sé quién sea Alicia, amigo. A ti te encontré solo. -Contestó el hombre.

-Tuvimos un accidente. Estábamos en la carretera en el desierto. Unos tipos nos dispararon. Nos sacaron del camino y perdí el control del auto.

El dolor abdominal de Cristian le impedía ponerse en pie y le hacía dolorosa la respiración mientras más agitada se volvía. Aun así hablaba rápido, estaba deseoso de darle sentido a la situación y deseoso de quitar la incertidumbre.

-El accidente debió ser aparatoso, porque creo que quede inconsciente y tuve un sueño raro. Estábamos en un bosque muy extraño, mi hija desapareció y me atacó una especie de monstruo. Pero debió de ser una interpretación que hizo mi subconsciente para justificar mis heridas o algo así.

-La mente a veces nos tiende a jugar bromas pesadas. Pero si te he de ser sincero, amigo. Si estas en un bosque. -Le dijo el hombre con una sonrisa.

-No. No. Yo estaba en el desierto. Teníamos que cruzarlo. Que no nos alcanzaran. -Dijo Cristian ya casi balbuceando.

-Suenas a un hombre con muchos problemas, amigo. Y no es que quiera hacerte dudar de tu cordura para aumentar esos problemas, pero si te puedo dar algo de perspectiva. -El hombre abrió la puerta de la cabaña y dejó que la luz se fuera un poco a Cristian. Conforme se despejó su vista, vio el claro del bosque.

-Sigo soñando. -Se dijo Cristian mientras su vista se volvía a borrar. -Sí. Sigo soñando y tú eres una invención de mi mente.

-Si soy una invención de tu mente, puedes darme nombre. Ya que tú me inventaste ¿Cómo me llamo?

-Tú. Tu nombre... -La cabeza de Cristian daba vueltas y se sentía muy débil.

-Mi nombre es Stephen Barlow. Al menos es el de esta década.

Barlow, recuérdalo ¿Cuale es el tuyo?

-Cristian. Cristian Andrés. –Le dijo mientras entrecerraba los ojos.

-Muy bien. Cristian Andrés. Descansa. Cuando despiertes te sentirás mucho mejor.

Diciendo esto. Cristian quedo profundamente dormido.

Alicia se encontraba tendida en el pasto e inmovilizada. Pero no se encontraba muy alterada por ese hecho. Ya se había dado cuenta de que el enorme animal de la que salió huyendo despavorida no representaba ninguna amenaza real. Desde que recuperó la conciencia lo había visto recostado a lado de los arboles sin importarle su presencia. Ya hasta le estaba pareciendo tierno.

Ahora el problema no era sentirse perseguida, sino que realmente estaba atrapada. La rama que le cayó encima era más pesada de lo que se veía, tratar de zafarse la pierna le presentaba un fuerte dolor, sintiendo como unas espinas se le encajaban y rompían la piel. Por lo que prefirió quedarse tirada. Llego a pensar en que el seudo oso que la había colocado en esa condición podría estar amaestrado. Le quiso llamar la atención y aparentemente si le hacía caso. La miraba torpemente pero inmediatamente volvía a recostarse. Alicia se dio cuenta de que ese animal realmente no era para nada activo.

El tiempo pasaba lentamente en esa situación por lo que Alicia trataba de ocupar su mente. Le puso nombre a la criatura parecida al oso para sentir que platicaba con alguien, aunque en realidad solo era un monologo que podría a sonar un poco loco. Al animal le llamo Perezoso, ya que le recordaba a ese animal pero mucho más grande y porque realmente parecía ser un holgazán.

-Perezoso. Me gustaría que aprendieras a hacer unos trucos, como ir por ayuda. –Le decía Alicia. –Si salgó de aquí te pondré unas películas de Lassie.

Perezoso solo lanzaba unos gruñiditos parecidos a los de un perro cuando se queja levemente.

-Aunque te quejes.

Unos leves murmullos se escucharon a lo lejos. Perezoso

agudizó el oído y eso alertó también a Alicia.

-¿Qué escuchaste Perezoso?

-Estas... Gran Bill nos va...

-Tenemos... humillar...

Era una conversación que no escuchaba muy bien, pero definitivamente eran personas y eso era una gran ganancia.

-iHeee! iAaayuuudaaaa! –Grito Alicia.

Perezoso se levantó. Alicia esperaba que no espantara a las personas que escuchó.

Aaggguuurrrgguu

Una especie de aullido apagado salió de Perezoso.

-¿Escucharon algo? –Dijeron las voces.

-iSI POR AQUÍ! –Les grito Alicia.

-Por acá. Es una voz de chica. Por donde está el mapinguari.

¿El qué? Pensó Alicia. Eso era Perezoso, un maquiensabeque.

-iAYUDA! iESTOY ATORADA! iPOR FAVOR!

Alicia escuchó como las nuevas personas se acercaban corriendo. A estas personas la presencia de perezoso o maquiensabeque no parecía inmutarles. De hecho perezoso no se movió ni se molestó por la presencia de estos.

Las voces que escuchó Alicia eran jóvenes, posiblemente de su misma edad.

-¿Estas bien? –Llegó el primero de los jóvenes. Delgado y un poco pálido, pero con cierto atractivo de los jóvenes de cabello claro y ojos azules. Aunque se veía a leguas que no era un levantador de pesas, sino más bien un chico no muy acostumbrado al trabajo físico.

-¿Quién es ella? –Escucho Alicia un poco más alejado. Era la voz de una chica. Al acercarse lo suficiente como para que Alicia la viera, se fijó que era una chica pelirroja de piel apiñonada.

-No la conozco. No creo que sea del pueblo. -Dijo un tercer joven moreno de anteojos y cabello oscuro, apareciendo por encima de Alicia. Los 3 jóvenes la miraban hacia abajo, haciendo sentir a Alicia como si estuviera en una mesa de operaciones al aire libre, con tres médicos mirándola con extrañeza.

-Me llamó Alicia. Tuve un accidente. -Dijo al fin Alicia.

-Bueno, eso es obvio niña. No creo que te hayas puesto tú sola el tronco en la pierna. -Dijo la chica pelirroja.

-Déjala en paz Mónica. Ayúdenme a levantar el tronco. -Dijo el chico de los ojos azules.

-Espera un poco. -Dijo la chica llamada Mónica. Tomó al chico de ojos azules por el hombro y lo apartó de Alicia. -Deberíamos pensar eso. No creo que esa chica sea del pueblo. -Dijo casi murmurando, aunque no lo suficiente como para que Alicia no la escuchara.

-¿Un pueblo? Por favor. Llévenme, mi papa también necesita ayuda. -Alicia se sorprendió a sí misma al darse cuenta de su genuina preocupación por su padre al que había dejado a su suerte escasas horas.

-¿Tu papa también tuvo un accidente? ¿Dónde está? -Dijo el moreno de gafas.

-No estoy segura. Me perdí en el camino cuando estaba huyendo de eso. -Dijo Alicia señalando a Perezoso que seguía tendido en el suelo descansando.

-¿Del mapinguari? Pero si son inofensivos. -Le dijo Mónica en tono sarcástico.

-Ya me di cuenta ¿Me van a ayudar o no? -Dijo Alicia ya un poco desesperada.

El chico de los ojos azules dio un suspiro y tomó uno de los extremos del tronco.

-Lu. Ayúdame con esto. -Le dijo al chico de gafas y este tomó el otro extremo del tronco.

-Bram. Yo sigo pensando que debemos reportarlo primero. -Dijo Mónica.

-Relájate Moni. Si es forastera, mejor para nosotros. La llevamos y se restregamos a gran Bill en la cara. Y así le demostramos que hemos sido los que más lejos han llegado fuera de los límites. -Dijo el

chico al que llamaban Lu. –Mientras movían el tronco que tenía atrapado a Alicia.

-Eso sería trampa, ni siquiera hemos cruzado el espejo. –Dijo Mónica.

-Eso no lo tiene que saber. Yo no diré nada si tú no dices nada. Tampoco creo que nuestra amiga diga nada cuando conozca a Gran Bill. –Dijo Lu ayudaba a levantarse a Alicia junto con Bram.

-No les hagas caso. –Dijo Bram. –Siempre está viendo cómo llamar la atención ¿Te encuentras bien? –Le dijo Bram a Alicia.

-Me duele la pierna. Solo eso. No puedo apoyarme.

-Te está sangrando de hecho. El tronco te corto y feo. –Dijo Lu. Observando que el pantalón de Alicia estaba desgarrado y una gran mancha marrón se estaba expandiendo a lo largo de su pierna. –Podrías ayudarnos con eso Moni.

-No creo que sea prudente. –Contesto fríamente.

-Vamos. Hay que mostrar hospitalidad ¿Esa es la educación que te hemos dado señorita? –Dijo Lu sarcásticamente.

-Se flexible Moni. Va a ser más fácil si nos ayudas. –Dijo Bram.

Mónica lo medito un poco y se decidió.

-Ok. Está bien. Pero me deben una.

Mónica se agachó y desgarró los jeans de Alicia de la rodilla hacia abajo. La herida se veía peor de que sentía Alicia. Varios rasguños y una herida especialmente profunda de la que emanaba mucha sangre. La pierna estaba tornándose un poco morada. Puso la mano sobre la herida y Alicia sintió una relajante sensación de calor. El dolor se fue esfumando. Mónica la soltó un momento después y la herida había cicatrizado.

-Bien, solo eso. Lo suficiente como para que puedas caminar pero no lo suficiente como para que corras huyendo. –Dijo Mónica.

-¿Por qué iba a salir huyendo? ¿Qué fue lo que hiciste?

-Nada que puedas comprender.

-No seas pedante Moni. -Dijo Bram. -¿Ya estas mejor?

-Sí. Gracias. Pero ¿Qué fue eso? ¿Y qué es eso? -Dirigiéndose a su pierna y al mapinguari respectivamente. - ¿Y quiénes son ustedes?

-A es verdad, no nos hemos presentado. Pero tú tampoco y tú eres la ajena aquí. -Dijo Lu en tono jovial. -Dime ¿Cómo te llamas guapura?

-He. Alicia. Alicia Andrés.

-Mucho gusto Alicia. Yo soy Luis Lope, pero todos me dicen Lu; soy el simpático del grupo. La refunfuñona de ahí es Mónica García, la matadita, todos le decimos Moni y mi amigo ahí a tu lado es Bram Harker y solo es Bram jeje.

-Oigan, gusto de conocerlos a todos, pero en serio necesito ayuda. Mi papa esta quien sabe dónde y está herido. Y sinceramente no sé a qué cosas se refieren con el "espejo" o "Gran Bill" o ¿Cómo diablos me curaste la pierna? -Dijo Alicia exaltándose cada vez más.

-Espera, espera. Es verdad ¿Vienes del exterior? Papa dijo que podía pasar algún día. Al principio supuse que solo eras una de las novatas de primer grado con las que nunca hablamos. -Dijo Bram.

-Les dije que no era de aquí. -Contesto Moni. -Se le ve a leguas. Nadie de aquí se pierde o se espanta con un mapinguari.

-¿Del exterior de dónde? No sé ni donde estoy. -Dijo Alicia más exaltada y ya un poco enojada.

-Espera. Primero lo importante. -Dijo Lu. -¿Vienes de un lugar diferente a este verdad?

-Sí. -Contesto Alicia. Tratando de relajarse.

-¿Conoces a Led Zepellin? -Le preguntó Lu con toda seriedad.

-¿Qué? -Se quedó confundida Alicia.

-Una banda musical llamada Led Zepellin ¿La conoces?

-Si escuche. Si, si se quiénes son. -Contesto Alicia.

-¿Y tienes música nueva de ellos? -Preguntó Lu emocionado. -Veo que no traes acetatos. Pero los del bunker me dijeron que hay aparatos del tamaño de una tarjeta que tienes más música que un

acetato.

-Heee. No. La banda se desintegró ya hace años. –Dijo Alicia calmada pero confundida.

-¿SE DESINTEGRO? ¿CÓMO? ¿LES CAYÓ UN RAYO O ALGÓ ASI? –Gritó Lu exaltado.

-Lu. Quieres dejar eso para después. –Dijo Bram.

-Me disculpas Bram. Pero me estoy recuperando de un duro golpe. –Dijo Lu aparentemente abatido.

-No les cayó un rayo. Solo dejaron de hacer canciones, cada quien se fue por su lado. –Dijo Alicia al ver la confusión.

-Hay. Eso no deja de ser malo. Y U2 ¿También se desintegraron?

-No. Ellos siguen. –Alicia ya no podía disimular su confusión ante la situación. No sabía si era hilarante o era de agregar a su listado de cosas raras que le estaban pasando.

-Uuuf –Suspiró Lu. –Al menos algo se conserva centrado en mi universo. –Alicia quiso reírse a carcajadas de locura cuando escucho ese comentario. Ella ya no sabía si había algo estable en su propia vida y el que el detalle de que una banda cuaternaria fuera un pilar de cordura para una persona ya le sonaba ridículo.

-¡LU! No es hora de eso. –Dijo Bram. –Hay que llevar a Alicia con mi papá. Él sabrá que hacer.

-Pero debemos encontrar a mi papá. No puedo dejarlo. –“Otra vez” pensó Alicia sin decirlo.

-No te apures niña. El padre de Bram es el hombre más inteligente que conocemos y el que mejor conoce el lugar. Si alguien puede encontrar a tu papá, es él. –Le dijo Moni.

-Confía en nosotros. Te vamos a ayudar. –Le dijo Bram tendiéndole la mano.

Alicia. Confundida ocultaba sus miedos. Sin embargo el trio de jóvenes aunque extraños y pintorescos, no difería mucho de sus antiguos compañeros de clase. De hecho, parecía identificar ciertos estereotipos en ellos. Y aunque de comportamiento y conversación extraña, eran los más

normales con los que se había topado en ese día.

-Ok. Está bien. -Dijo mientras tomaba la mano de Bram.

-Muy bien. Vamos entonces.

-Pero no vamos a esperarte con tu renguera. Síguenos el paso niña. -Dijo Moni.

En cuanto se movieron de lugar. El mapinguari que Alicia bautizo como Perezoso se levantó de su placido lugar y comenzó a seguirlos. No sin antes dar un largo bostezo.

-Oye ¿Y los Beatles? Ellos no se han desintegrado ¿Verdad?
-Pregunto Lu, mientras se alejaban del denso sendero cubierto de árboles.

En el desierto. Dos figuras llevaban caminando unas cuantas horas bajo el inclemente calor. Aguja y Alfiler habían perdido toda traza de amenaza que los caracterizaba. Estaban cansados, sedientos y hambrientos. Sus finos trajes estaban cubiertos de polvo y llevaban las chaquetas en las manos después de habérselas quitado por el calor. Sus camisas estaban empapadas de sudor y la fina piel estaba enrojecida. Para colmo de sus desánimos, en todo el tiempo que llevaban caminando a lo largo de la carretera no había pasado un solo vehículo.

La jauría los había dejado de perseguir ya hace horas. Pero si intentaban regresar a su automóvil o salirse del sendero de la carretera, volvían a aparecer fugazmente. Aguja tuvo la ridícula idea de que esos animales estaban teniéndolos a raya para que solo pudieran seguir la carretera y nada más.

Lejos de apaciguar sus ánimos. La situación les estaba dando alucinaciones dementes en los que les daban caza despiadada a los que consideraban el causante de su desdicha. Cristian, su objetivo y razón de estar ahí. Sus facciones desdichadas dibujaban una siniestra sonrisa cuando imaginaban la satisfacción de aplastar la cabeza de Cristian con sus manos.

Un sonido los sacó de su letargo. Un sonido de motor acercándose. Provenía de sus espaldas. Se giraron y miraron al horizonte usando sus manos para evitar el resplandor del sol. Efectivamente, un jeep se veía ya muy cerca de ellos.

Se pusieron en medio de la carretera, haciendo señas para llamar la atención del jeep. Lo que ellos no sabían es que los ocupantes

del jeep iban exclusivamente a su encuentro. Los ocupantes del vehículo eran el hombre-serpiente y uno de los hombres-coyote. Pero eso tampoco lo sabían Aguja y Alfiler.

El jeep paro a lado de los desafortunados criminales. Pudieron distinguir diferentes logotipos de las fuerzas de ley del estado. Además de ver que los ocupantes del vehículo llevaban uniformes. "Es mejor eso que nada" pensaron. Solo que pensaron también que tendrían que ir con cuidado.

El hombre serpiente fue el que habló primero.

-¿Necesitan ayuda? -Dijo fingiendo un poco el acento de la localidad. -¿Qué hacen en medio del desierto?

-Tuvimos un accidente. Nuestra camioneta quedo volteada a unos kilómetros de aquí. -Dijo Aguja con calma. -Necesitamos llegar a una estación de policía.

-Ya todo está bien. Súbanse, los llevaremos al poblado más cercano a que les tomen declaración. Llamaré a una grúa para que vayan por su camioneta.

-Muchas gracias oficiales.

Alfiler y Aguja subieron al jeep. No mencionaron que posiblemente hubiera otro auto accidentado. A final de cuentas ellos ya no los encontraron. Pero sabían que tenían que asegurarse de terminar su trabajo. Por lo que al llegar al poblado se desharían de los policías y buscarían otro vehículo para regresar. Sabían que Cristian tampoco podía ir muy lejos con una llanta menos, por lo que con suerte podría morir de deshidratación en el desierto, en cuyo caso solo tendrían que buscar el cuerpo. Eran bastante metódicos y durante todo el recorrido se fijaron en los señalamientos para saber en qué kilometro exacto se habían salido del camino. Con esa información y con mejor vehículo reanudarían su búsqueda.

Por su parte. El hombre serpiente no les comentó que la labor de limpieza de su pequeño desvío de la carretera había comenzado. Por lo que sabía que iban armados como muy pocos de los que pasaban regularmente por ahí. No iba a interrogarlos. Ya que esa no era su labor. Se los dejaría a la ley de los suyos, pero sin la intención de quitarles los ojos de encima. El hombre serpiente también había aprendido a ser cuidadoso con los humanos.

Capítulo 5

5.Hipotéticamente hablando

Cristian volvió a despertarse. Comprobó que seguía en la extraña cabaña llena de adornos. El abdomen ya no le dolía, ni tampoco la pierna. De hecho se sentía perfectamente bien. Se tocó el abdomen. Sintió las cicatrices de las heridas provocadas, pero nada de dolor. Pensó que debió de haber estado ahí por días, quizá semanas.

Pudo incorporarse completamente bien del lecho donde estaba, el cual solo era una colchoneta tirada en el suelo. Las pocas ventanas de la cabaña apenas daban para darle un tono melancólico al lugar, compensado por la gran cantidad de adornos, chatarra y artilugios que harían el paraíso de cualquier geek. Muchos carteles de películas, un antiguo tocadiscos y varios discos de acetato a un lado. Una colección de televisores desde un modelo de los 50´s, hasta uno de pantalla plana; no había seguridad de que alguna funcionara.

Había una sala, unas cuantas sillas y una mesa. No de estilo rustico como es común en una cabaña, sino más bien cada mueble tenía su propio estilo revuelto como el resto de la casa. Sobre la mesa estaban un montón de vendas, algunas embadurnadas con una crema rosada, casi roja; seguramente eran las vendas con las que lo habían curado las heridas y la crema rosada era el cebo que había sentido en ellas.

¿Cuánto tiempo había pasado? Se preguntó.

¿Qué paso con Alicia? Se preocupó.

No sabía dónde estaba y al único que recordaba era aquel hombre con el que conversó en una especie de pseudo sueño. Pero que no lo era ¿Oh si? Alguien lo curó. Eso era seguro. Pero ¿lo curó de un ataque de un monstruo humanoide o de un accidente de auto? ¿O de las dos?

¿Cuál era el nombre que le había dicho aquel hombre?
Barnabas... Barney... no...

-¡Barlow! –Dijo casi gritando.

-Hee ¿Qué?... ¿Qué paso? –Dijo el hombre que estaba dormido en una de los sillones. Cristian no se había dado cuenta de su presencia por la gran cantidad de objetos que habían en la cabaña y hacían parecer al peculiar hombre como un bulto por estar cubierto hasta la cabeza con una sábana oscura y algo sucia.

Barlow se quitó la sabana rápidamente y por poco cae del sillón, pero recuperó rápidamente la compostura.

-Ha. Ya despertaste de nuevo. Espero que estés mejor. Disculpa que me veas así, pero no es común que este despierto a estas horas. Aunque no es que duerma mucho, solo es la fuerza de la costumbre, sabes. Las costumbres son poderosas. –Le dijo Barlow a Cristian aunque este solo lo tomó como balbuceos sin sentido.

Por la luz que atravesaba las ventanas se veía que todavía era de día, posiblemente ya atardeciendo pero no de noche. A Cristian, las costumbres de este hombre no le importaban por lo que le dejó pasar por alto ese detalle.

-¿Cuánto tiempo llevo aquí? –Preguntó Cristian.

-Pues... unas cuantas horas. Desde la media mañana que te traje. –Dijo Barlow con jovialidad.

-No. No puede ser. Ya me siento bien y estaba muy herido ¿Estaba en otro lugar antes? ¿Alguien más me trajo?

-Tranquilo amigo. Debes tener hambre. Comamos algo y te explicó todo. Tengo pan de ajo en la mesa. Mira. –Dijo Barlow tomando una pieza de pan.

-No. No. Tengo que buscar a mi hija ¿Tienes un teléfono para llamar a la policía?–Dijo Cristian con apariencia de sentirse abrumado.

-No. No es muy necesario el teléfono por aquí. –Dijo Barlow mientras mordía el pan de ajo. –Además tengo la seguridad de que tu hija está bien y que la vas a ver en unos momentos.

-¿Por qué? ¿Sabes dónde está? –Pregunto Cristian apurado.

-Sí. Sé casi todo lo que pasa por aquí. Y en un rato tu hija va a llegar. Tómallo como un sexto sentido.

-¡NO ESTOY PARA CORAZONADAS! ¿SABES SI O NO DONDE ESTA MI HIJA? –Dijo Cristian enojado por la respuesta tan ligera que le

dio Barlow. Le enfadaba su actitud tan relajada estando él tan confundido y asustado.

-Tranquilo amigo. Te juro que veras a tu hija en un momento. Si no es así puedes salir a buscarla, después de todo ya estas al 100 por ciento. Pero es una cosa que no recomiendo del todo ya que este bosque puede ser peligroso para los que saben andar en él. Tiene una fauna algo peculiar. Y bueno, es especialmente para gente como tú, no es recomendable. -Le dijo a Cristian tomándolo del hombro.

-¿Cómo yo? ¿De la ciudad o algo así? El que me atacó dijo que no le agradaban los de mi especie ¿Se refería a eso? -Dijo Cristian.

-Puees... Yo creo que se refería a algo más genérico, pero dejémoslo en citadinos. Por cierto, el que te atacó ¿Tenia algunas señas en particular?

-No sé. Creo que estaba delirando. Le juro que por un momento lo vi con facciones de animal. Con garras y todo. Aparecía y desaparecía como si estuviera en todos lados. Dijo que se llamaba Coyote, creo.

-Ha. Debí imaginarlo.

-¿Por qué? ¿Lo conoce?

-Aquí todos nos conocemos. Solo que no todos compartimos las mismas ideas, como suele ser normalmente. Pero no te apures, no suele venir por aquí. No somos los que mejor nos llevamos. Siéntese por favor. -Dijo Barlow tomando asiento en la mesa donde estaban las vendas.

-Disculpe que me exalté, pero estoy preocupado. -Dijo Cristian sentándose finalmente un poco más relajado.

-Por su hija, lo sé. Ya me lo dijo. Yo estaría igual. También tengo un hijo. A veces me saca de quicio. Tengo que estarlo cuidando bastante, ya sabe cómo son los adolescentes, siempre quieren probar su valía ante los demás. Pero aun así es un buen chico ¿Su hija también le saca canas?

-Creo que yo se las saco a ella. -Dijo en tono triste.

-Suena duro. Pero lo bueno es que lo reconoce. El primer paso para reparar algo es saber que está roto.

-¿A pesar de que este muy roto?

-Nada está lo suficientemente roto si vale la pena repararse.

-Dijo Barlow ofreciéndole un pan de nuevo a Cristian. En esta ocasión si lo tomó.

-¿Que es este lugar? ¿Me lo puede decir? Ya. Ya no pienso que estoy soñando. Ya pase mucho tiempo pensando eso. Pero es que es muy raro.

-Pues sí. Supongo que parecerá raro para usted. En realidad el concepto es sencillo. ¿Sabe lo que es un invernadero verdad?

-Sí. Es donde hay muchas flores.

-No solo eso. Es donde se cultivan las flores protegidas del ambiente que les puede no favorecer. Incluso pueden plantar flores de ecosistemas muy diferentes.

-¿Y esto es parecido a un invernadero?

-Sí. Pero más grande. Tan grande que puede concentrar otros ecosistemas ¡Es un biodomo! -Dijo Barlow emocionado y subiendo de tono su voz en cuanto crecía su emoción. Subiendo los brazos como si hablara de lo más fantástico del universo y dándole aire de predicador. - ¿No es asombroso?

-Hee ¿Es algo así como un parque temático? -Dijo Cristian visiblemente más confundido.

Barlow se quedó mirando a Cristian aun con los brazos levantados mientras todo se quedaba en silencio por unos segundos.

-Es más bien como una reserva ecológica. -Dijo Barlow al fin bajando los brazos apagando su emoción.

-Mire. Está muy bonito su biodomo. Pero en serio creo que debo de ir al poblado más cercano.

-Claro que lo voy a llevar. Solo que el poblado más cercano puede ser algo pintoresco para usted y es mejor que lo prepare un poco. Además de que muchos del pueblo se sentirán incómodos con su presencia cuando sepan de donde viene.

-¿De la ciudad? ¿Qué tienen ustedes con eso?

-No nada. Si hay más "ciudadinos" en el pueblo pero procuran no mezclarse mucho con los lugareños. Solo que usted es nuevo y es posible

que las costumbres le parezcan raras. A todos les parecen al principio.

-Bueno ¿Cuáles son esas cosas que me parecerán raras?

-Mmm ¿Cómo empezaremos? –Dijo Barlow quedándose pensativo. –¿Usted creé en algo?

-Hee... si... en muchas cosas.

-Pero algo que en realidad nunca haya visto.

-Como ¿Fe?

-No. La fe a la larga siempre surge cuando estas algo desesperado. Más bien como cuando eres niño y crees en Santa Claus.

-Yo no creo en Santa Claus.

-Mal ejemplo. –Dijo Barlow pensando más.

-Habla de "Dios"

-Empecemos por ahí ¿Usted creé en Dios?

-¿El pueblo al que me va a llevar es de fanáticos religiosos? Porque le advierto que aunque me criaron católico no soy el más devoto.

-No. No es eso. Pero es el tipo de creencia que influye al mundo a pesar de que nadie te prueba que existe ¿No cree?

-Pues sí. Claro que sí.

-Así como hay gente que cree en fantasmas y juran y perjuran a ver visto uno. Como los ovnis pero nadie te da pruebas verdaderas de que existan. Yo nunca he visto un fantasma ni un ovni y tampoco a Dios, y eso que le juro que he vivido y visto mucho. Pero eso no me quita la idea de que puedan existir y me parece de lo más genial. –Dijo Barlow volviéndose a emocionar.

-¿A qué va todo esto?

-Va a qué ¿Qué pasaría si le pudiera probar que uno o más de estos personajes si existen?

-¿Fantasmas u ovnis?

-No particularmente. Pero que tal... un vampiro.

-¿Un vampiro es más viable que un fantasma o un ovni? –Le dijo Cristian en tono un poco burlón pero para su sorpresa interesado en el rumbo de la conversación.

-Supongo que cualquiera de esas tiene la misma posibilidad de existir, pero la del vampiro es un poco más fácil de probar. –Le dijo Barlow con una efusividad que le recordó a Cristian la actitud de algunos de sus profesores de primaria. No los despreocupados por supuesto, sino de los profesores motivados que si se preocupaban de hacer entender a los niños en términos que pudieran entender.

-Ok. Pruébamelo. –Dijo Cristian casi riendo. La situación aunque rara le estaba relajando los ánimos. Barlow le parecía simpático. Era una combinación de uno de sus viejos amigos de la escuela geeks por naturaleza con un hippie algo fumado.

-Primero lo primero ¿Qué sabes de los vampiros?

-Pues... beben sangre, no soportan la luz del sol, son inmortales, los matas clavándoles una estaca en el corazón, son poderosos y malos; al menos los clásicos. Los actuales los pintan medio amanerados.

-Todo lo clásico de la cultura popular. Pero, ahora velo de esta manera. Supongo que has tenido alguna conversación con una persona que exagera o modifica los hechos de alguna manera. Como cuando un amigo te dice como ligo a una chica o como gano un juego, algo así.

-A ha.

-Y luego esa historia la cuentas tú de manera diferente, un poco más exagerada en otros detalles. Tu amigo la cuenta también exagerando otros detalles, como si fuera un juego de teléfono descompuesto. Al final la historia sería muy diferente para la última persona que la escuchara no crees.

-Sí. Supongo.

-Así se hacen las leyendas. Es lo más común del mundo. Una sombra termina siendo un fantasma y un papalote un ovni. Pero el punto es que los verdaderos detalles de realidad se pierden. Especialmente cuando la gente no sabe explicar lo que ve o les causa un miedo tan irracional que prefieren salir corriendo y no preocuparse por descubrir la verdad. Pero aun así la idea sobrevive a pesar de la ignorancia.

-Es interesante lo que me dices. Nunca me había puesto a pensar eso. No san de las cosas que ocupan mi mente.

-Lo sé. Lo sé. A veces la gente buena necesita tiempo y pocos problemas para pensar cosas ociosas. Pero eso lo discutiremos después. - Barlow hablaba como si se hubiera tomado 20 tazas de café antes de comenzar. Muy rápido pero sin desconcentrarse. -Ahora le pregunta es ¿Qué pasaría si tu conocieras un vampiro? -Dijo más lento y legible, queriendo que Cristian entendiera la pregunta.

-Pues no sé. Supongo que clavarle una estaca en el corazón o algo. -Dijo Cristian bromeando.

-Esperaba que dijeras que salir corriendo, aunque la tuya es la respuesta más común. Pero ¿Por qué harías eso?

-Bueno, es un monstruo ¿no?

-¿Qué pasaría si lo conocieras y no lo identificaras como un monstruo? Todos saben que se ven humanamente normales ¿Qué tal si conocieras a uno y descubrieras que es un tipo agradable? ¿Aun así le tendrías miedo por ser un vampiro? ¿Aun así le encajarías una estaca?

-A lo mejor no. Aunque así fuera, si no me doy cuenta de que es un vampiro ¿por qué iba a preocuparme por eso? ¿Por qué tendría la necesidad de presentarse como tal? Digo. Podría pasar desapercibido ¿No?

-Tal vez no sea tan fácil. Tal vez algunas cosas aunque exageradas si sean de cierta manera ciertas. Tal vez no los mate el sol, pero se sientan visiblemente afectados por este. O la gente vea raro que pida sangre en la carnicería en lugar de filetes. Pero tal vez simplemente quiera que esas cosas no importen y pueda salir a la calle siendo el mismo.

-Como querer salir del closet.

-He. Bueno, no lo definiría así, pero algo parecido.

-Todo esto es hipotéticamente hablando ¿verdad? Porque la conversación aunque es divertida no deja de ser rara. Y no veo en que me ayuda o me diga nada de las costumbres que tiene ese "pueblo" cercano.

-Ok. Apurare la lección. Digamos "hipotéticamente" que te encuentras un vampiro. No se nota que es un vampiro obviamente. Se viste como una persona normal, habla como una persona normal; no con ese acento rumano que les ponen en las películas. Y un punto importante,

te ayuda en un momento de necesidad.

-¿De manera desinteresada?

-Eeh... dejémoslo en que lo hace por razones altruistas.

-¿Y en que me ayudaría?

-Supongamos que sufres un accidente y te encuentras mal herido y este vampiro te recoge y cura tus heridas. -Dijo mirando a Cristian con una sonrisa.

Cristian se quedó pensando en esa situación "hipotética".

-¿Quieres insinuarme que eres un vampiro?

-Supongamos hipotéticamente que sí ¿Qué harías?

Cristian se empezó a preocupar levemente por Barlow. No parecía un hombre peligroso, pero la conversación se estaba tornando muy surrealista. No quería pensar que Barlow fuera un loco, pero su compulsión de acumular chatarra no le ayudaba mucho.

-Pareces un hombre simpático. Pero de ser un vampiro podría tomar una de esas espadas que tienes en la pared y te la podría encajar en el corazón. En dado caso de que pudiera llegar, ya que estas peligrosamente cerca de mí.

-¿Lo harías a pesar de que te ayudé y no he dado muestras de querer hacerte daño?

-Las preguntas me están dando dolor de cabeza ¿Seguro que esto tiene utilidad? ¿A dónde quieres llegar?

-¿Qué tal si te digo que de verdad soy un vampiro?

Cristian miraba a Barlow confundido. El hombre podría estarlo bromeando o estar muy loco. En cualquier caso la situación ya se estaba poniendo innecesariamente incomoda.

-Sabes en serio ya me tengo que ir. Hay cosas más importantes en las que tengo que ocuparme -Dijo Cristian levantándose de la mesa.

-Espere, espere. -Le dijo Barlow también levantándose y deteniéndolo de un brazo. -Todo esto tiene un objetivo te lo juro. Y te lo puedo mostrar muy rápido si prometes no salir corriendo y tomarlo con

calma.

-Ok. Una última cosa para comprobar que no estamos perdiendo el tiempo, nada más. -Dijo Cristian calmado. -¿Qué vas a hacer?

-Mira mis dientes. -Le dijo mientras abría la boca.

Cristian miro escéptico. Era una boca enteramente normal.

-No tiene nada de raro.

-ijate en os colnillos. -Dijo sin cerrar la boca.

Cristian se quedó observando. No parecían nada fuera de lo común. Se fijó un poco más afilando la vista. Notó algo raro, no en el diente, sino en la encía la cual parecía que se estaba hinchando y estaba inusualmente roja. Repentinamente los colmillos de la boca de Barlow crecieron como si se trataran de navajas retráctiles. Fácilmente eran 3 veces el tamaño normal de un colmillo y más afilados.

Un espasmo repentino hizo que Cristian se apartara rápidamente de Barlow a causa de la impresión. Barlow seguía parado ahora con los prominentes colmillos de fuera pero aun sonriendo y esperando una respuesta.

El dedo de Cristian le apuntaba con duda, pero aún no sabía que decir. No salió corriendo. Eso era bueno para Barlow.

-¿Cómo hiciste eso? -Dijo al fin. -Es un truco ¿Verdad?

-Es lo que soy Cristian. No hay truco. A no ser una gran conspiración cósmica o algo así, pero eso lo discutiremos después. -Dijo dando un paso hacia adelante.

-iNO! -Le grito Cristian dando un paso hacia atrás. -Quédate donde estas.

-No te voy a hacer daño. Si quisiera ya lo hubiera hecho. Estuviste mucho tiempo dormido.

-Ese tipo, Coyote ¿También es un vampiro?

-No, que va. Ningún vampiro es tan feo. El no estoy seguro de que sea realmente. Pero él dice que antes de que llegaran los ingleses era adorado como un dios por los apaches. Pero por aquí muchos dicen que eran adorados con alguien. Varios tienen problemas de autoestima, sabes.

-No. No. Eso no es posible. Me quieren engañar ¿Es cámara escondida? O ¿Un circo acaso? –Dijo Cristian mientras le invadía una risa nerviosa y se hacía cada vez más para atrás. –Te vi comer pan de ajo, se supone que los vampiros odian el ajo.

-Todos odian comer ajo crudo ¿Acaso tu si lo comes?

-No. Los vampiros no solo tienen dientes. Hacen más cosas.
–Dijo Cristian negando con la mano y alejándose aún más de Barlow.

-¿Cómo qué? ¿Cómo esto? –Diciendo eso, Barlow se desvaneció en el aire.

Cristian se quedó atónito. Miraba en todas direcciones buscando a Barlow. Daba pasos lentos hacia atrás sin voltear. Luego sintió como un dedo lo llamaba a sus espaldas. Giro lentamente y pudo ver a Barlow, de cabeza y parado como si nada en el techo de la cabaña.

-Admítelo Cris. Esto no es un sueño. –Le dijo mirándolo directamente a los ojos.

Cristian grito y ahora si salió corriendo. Se dirigió rápidamente a la puerta de la cabaña. Se abrió sin ningún esfuerzo. Pero el primer paso que dio fuera le provocó no pisar bien en uno de los 3 escalones que estaban frente a la puerta de entrada, por lo que cayó directo al suelo.

No se incorpora rápidamente como se pudiera esperar. Al intentar hacerlo vio unas zapatillas conocidas frente a él, lo que lo detuvo en seco.

-¿Papa? –Escucho Cristian. Este levantó la mirada y vio a Alicia parada frente a él. Su pantalón estaba manchado y desgarrado, ofrecía una imagen bastante maltrecha pero sana.

-¿Alicia? –Se incorporó de inmediato y tomó a Alicia del brazo.
-¡VAMONOS DE AQUÍ!

-¿Qué te pasa papa? –Dijo Alicia resistiéndose.

-Luego te explico. –Alicia se soltó de un tirón. La preocupación que había tenido Alicia por el estado de su padre se esfumo al darse cuenta de que estaba bien. Pero nuevamente la reticencia de Cristian de explicarle las cosas le provocó el repentino regresar de su enojo inicial.

-No voy contigo a ningún lado. Ya encontré quienes nos

pueden ayudar.

Cristian no se había percatado la presencia de los otros 3 jóvenes y del enorme oso que los había seguido en todo el trayecto.

-Que tal señor –Dijo Lu. En todo por demás jovial. –Buenas tardes Sr. Barlow. –Dirigiendo la mirada a la entrada de la cabaña.

-Buenas tarde chicos. Disculpen que no salga, pero no me siento lo suficientemente nutrido como para aguantar el calor. Pero en cuanto se presente traigan a los invitados de nuevo dentro de la cabaña y prepararemos un refrigerio. –Dijo Barlow desde el umbral de la puerta, de manera jovial. –Por cierto. Bram ya te había dicho que no volvieran a intentar salir de la zona.

-Ni siquiera llegamos al espejo papá. –Le dijo Bram.

-¡Ese es tu papa! –Gritó Cristian.

-Está bien. Lo sé. Traigan a su amiga. Ha de estar cansada también. Espero que te guste el pan de ajo. –Le Barlow a Alicia.

-No lo he probado, pero si tengo hambre. –Dijo Alicia.

-¡INO! ¡TU NO VAS A IR AHÍ ADENTRO! ¡TODO ESTE LUGAR ESTA LLENO DE LOCOS! –Le dijo Cristian.

-Pues no va haber muchos cambios en mi vida por eso. –Le dijo Alicia. Y se dirigió adentro de la cabaña.

-¡HASME CASO POR UNA VEZ! –Le gritó aferrándose a su brazo.

-Lo mismo te digo a ti. Suéltame. Me lastimas –Le dijo Alicia de manera retadora.

Cristian liberó su brazo. Los otros chicos se quedaron mirando sin interrumpir la escena visiblemente incómodos por lo que estaba pasando. Cuando Alicia se dirigió a la cabaña todos hicieron lo mismo sin decir nada.

El día estaba terminando y Cristian se vio solo frente a la cabaña sin saber qué hacer. El mapinguari se sentó a unos metros de él y se le quedo mirando. Con eso mejor se decidió a entrar nuevamente a la cabaña muy en contra de su voluntad.

El crepúsculo opacaba la visibilidad de la carretera. Aguja y Alfiler, aunque sintiéndose derrotados, agradecían que los oficiales de policía que los habían recogido no fueran muy entrometidos. Notaban que los observaban con recelo, pero habían evitado hacer preguntas acerca de las razones de su presencia ahí o de cómo había sido el accidente que los colocó en medio de la carretera. O eran muy incompetentes o definitivamente no les interesaba. Cualquiera de los casos era conveniente para ellos. Parecía que solo tenían intención de llevarlos al pueblo o ciudad más cercanos y para ellos eso era perfecto.

El hecho es que los dos agentes, si bien sabían de ante mano que los hombres que tenían en los asientos traseros no eran de fiar y que incluso posiblemente fueran escoria criminal, era algo que no les interesaba. Ellos se manejaban con leyes diferentes y las leyes de los humanos en muchos sentidos les parecían aborrecibles, por lo que su ley se la dejaban a ellos.

-Oye Vic. Mira por allá. -Le dijo el hombre que conducía al jeep al hombre serpiente.

A lo lejos y muy alejados de la carretera se podían ver varias camionetas estacionadas en medio de la nada. Aparentemente acomodadas en forma de caravana, creando una muralla de automóviles que protegían un campamento.

Vic, el hombre serpiente, se inquietó por ello. Siempre hay gente rara dando vueltas de vez en cuando buscando ovnis o apariciones por la zona. "El mundo está lleno de gente ociosa" pensaba, pero era gente que fácilmente era disuadida de irse, ya que a final de cuentas era gente que no sabía que buscaba.

Los grupos siempre eran reportados oportunamente por su gente. Los nahuales eran capaces de pasar desapercibidos en ese terreno por su capacidad de poder convertirse en su animal espíritu afín por voluntad propia, por eso ellos habían sido elegidos para proteger las periferias del pueblo sin despertar sospechas. Podían saber el grado de peligrosidad de una persona o grupo de personas sin ponerse en grave peligro, como lo era el caso de los dos que llevaban en la parte trasera del jeep. Y todos sabían que era regla reportar toda actividad sin importar que los objetivos no representaran un peligro en sí. Todos sus nahuales eran comprometidos y profesionales, razón por la cual no habían llegado a tener un incidente en varias décadas hasta el día de hoy.

El estar consciente de que había humanos dentro del perímetro del Espejo ya era malo, y que las reglas de seguridad se estuvieran pasando por alto era por demás inaceptable en esas circunstancias. Esa

zona la denominaban como "el casi fin del mundo" una zona lo suficientemente alejada del Espejo como para no representar un riesgo próximo, por lo que esas zonas solo tenían a 2 nahuales que custodiaban un perímetro de kilómetro y medio. Conforme una persona se adentraba a la zona roja, como le decían a los perímetros más cercanos al Espejo, se iba a topar con más agentes hasta poder toparse enteramente con una jauría de coyotes, lobos o incluso pumas como les pasó a Aguja y Alfiler. Además de que la zona roja tenía una vigilancia aérea extra, con los nahuales afines a las águilas los cuales eran incommunes, de la misma manera que los afines a los reptiles como Vic, por lo que tenían una jerarquía más alta y procuraban no ponerse en peligros inminentes. Única regla que Vic consideraba no seguir como líder no declarado pero si aceptado de los nahuales.

-Detén el jeep. Hay que revisar. -Le dijo Vic al conductor.

-Ok

-Ustedes quédense. Regresaremos en un momento. -Les dijo a Aguja y Alfiler.

"El casi fin del mundo" no necesitaba de vigilantes fuertes. Por lo que los encargados de esas zonas tenían afinidad, en la mayoría de los casos con ciervos o marmotas. Eso era algo que le preocupa más a Vic sobre el hecho de que no se hubieran reportado los vigilantes de la zona, no tenían gran capacidad de defenderse por sí mismos en su forma animal. No es que fueran inútiles, porque nadie lo era, solo que para mantenerse desapercibidos debían de ser vulnerables.

La caravana estaba iluminada por un resplandor de fogata bastante intensa. Pudieron distinguir la sobra de antenas colocadas en algunas camionetas y varios cajones grandes. No dejaba de ser común. Los buscadores de ovnis siempre traían aparatos con los que creían poder captar señales o cosas por el estilo, algunos hasta traían cascos hechos de aluminio para evitar control mental, según ellos.

Vic llevaba una linterna en su cinturón. La prendió y apuntó hacia la caravana para que notaran su presencia. La luz inmediatamente alertó a los presentes en la fogata. Varios hombres se prestaron al encuentro. Los hombres diferían de los habituales geeks buscadores de ovnis en el hecho de que la mayoría eran más fornidos y atléticos. No era un detalle para sospechar algo extraño, nadie dice que un fanático de los ovnis no se pueda ejercitar. Además que había algunos de complexión normal.

-Buenas noches oficiales ¿Hay algún problema? -Contestó uno de los hombres. Bastante alto y muscular. Su cabello era bastante negro lo que contrastaba con su piel blanca. Vestía unos jeans tejanos, camisa

negra y una chamarra de piel también negra. Muchos de sus compañeros tenían más o menos la misma facha de tejanos sombríos.

-No sabemos. Ustedes díganos. Es un lugar extraño para acampar, no les parece. -Les dijo Vic, tratando de observar con más detenimiento al grupo de hombres.

-No. No hay nada, desafortunadamente. Vinimos por las extrañas historias que cuentan del lugar y nos pareció interesante venir y acampar. Ya sabe. Las historias y leyendas siempre dicen que lo más interesante sucede de noche. -Dijo el hombre de negro con ironía.

-¿De dónde vienen? -El modo de hablar del hombre de negro le causaba desconfianza a Vic. Le hacía entre ver que estaba inventando una historia.

-Ha. De aquí y de por allá. En realidad somos un pequeño club, bastante multiétnico.

-Usted habla muy bien español ¿Usted si es del país?

-No. Pero hablo muchos idiomas con fluidez es la ventaja de viajar tanto. -Dijo emotivamente.

-Ok. De todas maneras este no es un lugar para quedarse. La mayor parte de esta área es zona protegida. Así que les tengo que pedir que se marchen.

-Ho. Es una lástima. Realmente esperábamos encontrar algo interesante por aquí. Aunque de hecho si tuvimos una situación divertida y espero que no sea algo penado, ya que no sabíamos hasta este momento de que se trataba de una zona de protección ambiental. -Dijo el hombre de negro en tono sarcástico. -Y también debe disculpar a estos pobres fuereños, ya que algunos venimos donde las restricciones de cuidado con los animales no son tan estrictas. -Dijo eso y varios de sus compañeros rieron desagradablemente.

Vic y su compañero compartieron con la mirada una sensación de desagrado y desconfianza.

-¿A qué se refiere? -Dijo Vic.

-Bueno, verá. Mi amigo David -dijo señalando a un hombre arriba de una de las camionetas, rubio y de facciones afiladas. -es un inglés con afición a la cacería. Y le pareció bien cazar la cena de hoy. -David levantó un enorme rifle de caza que tenía escondido detrás de él.

El rumbo de la conversación no le estaba agradando a Vic ni a su compañero que intercambiaban miradas. Como si mantuvieran una conversación que solo ellos entendían.

-¿Y cazaron algo? –Pregunto temiendo lo peor.

-Bueno. Prácticamente cazar implica ir a buscar la presa ¿No? Lo curioso aquí, es que estos animales fueron los que se acercaron a nosotros. Primero fue este venadito. –Dijo mientras algunos de sus compañeros sacaban el cuerpo de un venado de una de las camionetas. Estaba inerte y tenía una gran mancha marrón en un costado.

Vic se impactó de momento. Pero su mente le decía que podía tratarse de un venado normal, también los había. No tenía por qué ser uno de sus muchachos. Indiferentemente tenía que mantener una actitud neutra. La seguridad del pueblo era lo principal y todos los nahuales sabían que fuera de esas fronteras el mundo era peligroso para ellos.

-Cazar aquí, está estrictamente prohibido. –Dijo Vic con solo un leve tono de reprimenda.

-Ahora lo sabemos, que desafortunado incidente. –Dijo el hombre de negro casi en tono de burla. –Pero le debo decir que este amiguito prácticamente rogaba para que jugáramos con él. –Lo dijo mientras levantaba la cabeza del venado agarrándolo fuertemente de uno de los cuernos. –Se acercaba muy misteriosamente a los alrededores y lo llegamos a sorprender hurgando entre nuestras cosas, prácticamente creímos que podría abrir una de nuestras cajas ¿No es interesante lo inteligentes que pueden ser los animales?

-Sí. Lo es. –Dijo Vic de manera seca.

-Bueno. El caso es que se convirtió en una especie de espía molesto. Por lo que David no se lo pensó mucho para pensar en él como la cena. Dicen que la carne de venado tiene un gusto especial, yo no la he probado ¿Ustedes si? –Preguntó el hombre de negro.

-No comemos carne. De ningún tipo. –Contestó el compañero de Vic. Conteniendo el enojo que también se estaba gestando en él.

-Cada quien. Yo tengo un gusto especial por ella jeje. –Dijo el hombre de negro sarcásticamente. – ¿Saben que fue lo más curioso?

-¿Qué?

-Uno pensaría que los animales se espantarían con el sonido del arma. Especialmente aquí, donde parece que todo suena más fuerte y más lejos. Pero no fue así para este otro amiguito. –Dijo mientras sus

hombres sacaban a otro animal, en esta ocasión era un coyote del desierto.

Vic, sintió un dolor punzante en el corazón y noto como su compañero estaba perdiendo los estribos. Algo que nunca iba a poder negar un nahual, era que en los momentos más elevados de tensión sus instintos animales llegan a ser más predominantes. Y el enojo les hacía hervir la sangre. Vic podía ver como un colmillo comenzaba a salir de la boca de su compañero en señal del comienzo de su transformación. No podía culparlo pero tenía que contenerlo. Simplemente por la ventaja numérica no era la mejor idea dejarse llevar.

-Se puso particularmente muy violento después de que David le dispara al venado. -Continuó el hombre de negro. - Salió corriendo de la nada con la firme intención de atacar a David. Lamentablemente para contenerlo lo tuvimos que moler a palos. -Dijo el hombre de negro sonriendo.

El compañero de Vic no pudo contenerse más. Se disparó corriendo en dirección al hombre de negro y dio un salto imposible para un humano normal para embestirlo. En medio del aire su complexión cambio, le salieron garras, su cuerpo se cubrió de pelo, su mandíbula creció y mostró unos afilados dientes los cuales apuntó al cuello del burlón hombre de negro. El ahora convertido en coyote compañero de Vic no reflexionaba, solo quería arrancarle un buen pedazo de cuello a ese miserable.

Lo hubiera logrado de no haber recibido un impacto descomunal que lo saco de su trayecto. El hombre al que llamaba David, había disparado de manera casi inmediata. Vic, apenas pudo reaccionar ante lo que había pasado cuando sintió un pincho que se le enterraba en el cuello. Otro de los hombres de la caravana le había disparado un dardo con la aparente intención de dejarlo inconsciente. Se sentía pesado y débil. El estrés lo estaba provocando que se transformara pero apenas y pudo mostrar los largos y afilados dientes de serpiente y los ojos amarillos de reptil antes de desplomarse, viendo como su amigo agonizaba después del disparo que había recibido. También vio las reacciones de los hombres de la caravana; ninguno se inmutó ni dio señales de sorpresa o miedo. David sonreía como el que había ganado en una partida de cartas. El hombre de negro se le acercaba amenazante y con una sonrisa cínica en el rostro.

-¿Qui... quiénes son? -Dijo Vic tratando de dirigirse al hombre de negro, pero solo viendo sus botas. Y pudiendo mirarlo a los ojos solo cuando este se puso de cuclillas y levantó su cabeza jalándola del cabello y poniéndola a su altura.

-Somos la inquisición. Somos jueces y verdugos de todos los demonios. –Le dijo el hombre de negro. Vic lo escuchó antes de perder enteramente la conciencia. –Encierren a este en uno de los contenedores y que alguien vaya a revisar el jeep, a ver si encontramos algo que nos sea útil.

Dos hombres de la caravana se apresuraron a llegar al jeep. No encontraron nada interesante. Ni siquiera a los dos pasajeros que acompañaban a Vic.

Capítulo 6

6. Conversaciones noctámbulas.

Cristian había dejado de tener miedo irracional para darle paso a una apática desconfianza. Se había sentado en una silla a lado de la mesa dentro de la cabaña; apartado del resto de la gente que se encontraban sentados en los sillones. Habían estado las últimas horas en una convivencia bastante rara. Barlow y los demás chicos estaban fascinados con Alicia y viceversa.

Barlow hacía gala de sus cualidades vampíricas, algunas de las cuales no tenía mucho conocimiento Cristian. Sacaba y volvía a guardar sus afilados dientes a petición de Alicia. Ante lo cual Alicia solo se reía y se emocionaba. Desaparecía de un lugar y aparecía en otro como si nada. Retaba a Alicia en pensar en un número o en algún animal y este lo adivinaba, presumiendo sus supuestos poderes de leer la mente.

El modo en que Alicia aceptaba todo lo que estaba ocurriendo le parecía enteramente anormal. Además de que le parecía totalmente extraño que una niña que nunca había sido particularmente social, aceptara y fuera tan bien recibida por este grupo, que no sabía si llamar personas en sí. Y le molestaba mucho el darse cuenta que sabía de Alicia lo mismo que sabía del mundo. Casi nada.

Algo que no reflexionó Cristian, sobre la actitud de Alicia; es que ella nunca había tenido ese grado de atención de parte de nadie. Los tres muchachos, incluso Moni que era la más reticente de aceptarla, les parecía fascinante todo lo que les platicaba del mundo de afuera del Espejo. Aparentemente salir fuera del perímetro del Espejo estaba estrictamente prohibido para los lugareños, salvo para los vigías. Cristian no sabía que eran los nahuales hasta ese momento, pero comprendió que los habían estado observando todo ese tiempo. Jamás iba a poder ver a los animales de la misma manera.

Barlow les explicó.

El Espejo era una la barrera que volvía invisible al "Biodomo". Se formaba con unos gases densos que al ser estimulados con electricidad sus partículas se volvían reflejantes y a la vez que funcionaban para crear un efecto invernadero que hacia el ambiente más fresco dentro del Biodomo. Por lo regular todos respetaban la regla de no salir del perímetro del Espejo, pero a los miembros jóvenes de la comunidad les estaba empezando a parecer fascinante la idea de salir y conocer el mundo exterior. En su muy particular forma juvenil de justificar el saltarse las

reglas, crearon un reto parecido al popular "quien es el gallina". Se trataba de que un chico o grupo de chicos retara a otro a salir del Biodomo y tratar de traer algo del exterior como prueba de su hazaña. Nadie de los que se atrevió a hacerlo había logrado llegar muy lejos, antes de que alguno de los nahuales lo regresara con alguna reprimenda y a lo mucho que habían podido llevar como prueba era basura del desierto. De hecho no muchos habían podido o atrevido a salir fuera del perímetro del Espejo. El exterior del Biodomo era un misterio fascinante pero a la vez aterrador para los jóvenes que en ahí habitaban.

Ese juego, tonto en apariencia, fue lo que colocó a Bram, Lu y Moni en camino de encontrarse con Alicia. Se dirigían hacia los límites del Espejo, retados por un bravucón al que llamaban "Gran Bill", una especie de simio híper desarrollado que era el líder del grupo popular de la escuela e hijo del Alcalde del pueblo. Algo que sorprendió a Cristian era que tenían escuela y alcaldía, por lo que tenían una "estructura social de fenómenos" pensó él.

Los tres chicos que encontraron a Alicia, eran los "Frikis" de la escuela, irónicamente. Por lo que eran el objeto de las bromas del grupo de Bill. Cada uno tenía su gracia por así decirlo. Bram, como hijo de Barlow, también era un vampiro. Pero cosa curiosa, aun no tenía ni dientes ni poderes, los cuales según Barlow, se desarrollan después de la pubertad. A la cual a Bram se le estaba haciendo tarde. También les tiro el mito de que se reproducían mordiendo gente y dándoles de beber sangre, se reproducían de la misma divertida manera que los humanos.

Moni, era una bruja wicca, persona con una fuerte comunión con la naturaleza y con poderes curativos. Podía canalizar energías de sí misma hacia la otra persona para acelerar su metabolismo y hacer que las heridas generadas se curaran con mucha rapidez. Proceso que podía llegar a dejar exhausta a una wicca en especial a una joven y no tan experta como Moni, pero sin embargo muy útil para heridas leves.

Lu, era un hombre lobo. Uno de los pocos del pueblo ya que no son comunes en América. Los primeros habían llegado con los colonos ingleses, pero se vieron confrontados en naturaleza con los nahuales, que eran más propios de la región. La familia de Lu eran unas personas muy tranquilas y cautelosas que hacían el molesto proceso de reubicación cada vez que advertían una amenaza. En su última reubicación no tuvieron suerte y fueron atrapados. No fue particularmente malo para los padres de Lu, ya que sin quererlo llegaron a un lugar donde tenían algo de tranquilidad. Pero sus hijos no se adaptaron tan bien. En especial Lu; que no recordaba mucho del mundo exterior le y se fascinaba con todo lo que pudiera conocer de él

Los 3 a pesar de su fantástica procedencia estaban fascinados con las cosas que Alicia les platicaba y era reciproco. Alicia no paraba de

preguntar cosas y ellos tampoco a ella, por lo que la conversación era extremadamente fluida. Cristian solo escucha e indirectamente también aprendía sobre el lugar en el que habían llegado.

-A ver. No entiendo algo ¿Dices que eres hombre lobo? ¿Ya es de noche y no te has transformado? –Le dijo Alicia a Lu.

-Solo en las de luna llena, es de las pocas cosas ciertas en las historias. Tiene que ver con la gravedad o algo así, no presté mucha atención cuando me lo explicaron. Me dolía más el hecho de que solo puedo ser fuerte y atractivo 3 noches al mes. –Contesto Lu.

-El efecto contrario en la mayoría de las chicas. –Le dijo Moni haciendo reír a todos.

-¿Y te sale todo? ¿Garras, dientes y cola? –Pregunto Alicia.

-Espera unas noches y te lo muestro.

-No estoy seguro de si quiera ¿no es peligroso?

-Claro que no. Nosotros lo hemos visto muchas veces. Lu no se vuelve salvaje ni violento. De hecho es bastante cool andar con él esos días. Nadie se atreve a molestarnos. –Dijo Bram.

Alicia estaba acostumbrada a las burlas y le parecía extraño que Bram, Lu y Moni fueran el grupo impopular. Bram le parecía bastante guapo, Moni era una chica que en general se podía clasificar de atractiva a pesar de su personalidad un poco matadita y Lu a pesar de los anteojos no era para nada estereotipo de nerd, más bien era el divertido y bromista del grupo. Eso sí, todos parecían sacados de una película antigua por su forma de vestir, “tal vez fuera por eso” pensó Alicia, pero no era algo que fuera decir en ese momento.

-Y si son vampiros ¿Si beben sangre? –Preguntó al fin Alicia.

Barlow de un parpadeo se materializó detrás de Alicia y le tomo el cuello.

-Claro ¿Por qué? ¿Quieres donar? –Dijo Barlow con una voz terrorífica.

Cristian se levantó de un salto ante ese movimiento.

-Tranquilo, solo era una broma. –Dijo Barlow regresando a su tono de voz jovial. –Si esa parte es enteramente cierta. Pero no tiene que ser humana y no es lo único que comemos. Solo que para nosotros es mucho más provechosa y nutritiva que para cualquier otro ser en el

mundo. Y sí, tenemos un instinto que nos obliga a tomarla pero se puede controlar. Y bueno yo prefiero la sangre de animales, me mantiene en mayor comunidad con la naturaleza.

-¿Cómo es eso? -Pregunto Cristian en su única pregunta en mucho tiempo.

-Bueno, es que tomar la sangre de algo es en parte es tomar algo de su esencia. No es como quitarle el alma como en las historias antiguas, pero si pasa a ser en parte, algo de ti. Ciertos sentimientos o conocimientos se imprimen en uno. Y la sangre humana es muy espesa, demasiados miedos y rencores, aparte de que no es la más light. Engordaría en un santiamén.

-¿Por qué no tienen el mismo apellido si son padre e hijo?
-Pregunto Alicia.

-Bueno. Cuando vives tanto como yo. Te tienes que buscar nombres diferentes para adaptarte a los tiempos y a las culturas. Con el tiempo el nombre deja de tener tanta importancia y te acostumbras a cambiarlo con regularidad, así que decidí cambiarme el nombre cada vez que me aburría. Y pues hice lo mismo con Bram. Le di un nombre y apellido a mi gusto; ya lo cambiara él después.

-Usted es muy singular señor Barlow.

-Lo sé. De qué sirve vivir tanto tiempo si no puedes reinventarte de vez en cuando. -Le dijo con la misma amabilidad que estaba empezando a identificar a Barlow.

-¿Cuánto tiempo ha vivido? -Le pregunto Alicia.

-Sinceramente ya no lo sé. Puedo más o menos calcularlo pero en esos tiempos no había ni siquiera astronomía por lo que tampoco había calendarios. Así que puedo decir que soy más viejo que el tiempo, aunque no me lo creas.

-¿Usted es el vampiro más viejo?

-No. En dos sentidos. No soy el más viejo ni me siento como tal. Estoy en mis mejores condiciones. -Dijo riendo. -Pero aun así todos debemos descansar. Así que les preparare unas mantas para que duerman.

-No voy a poder dormir. Esto es lo más emocionante que me ha pasado. Quiero saber más de este lugar y de ustedes.

-Ya será mañana, este día ha sido diferente para todos. Mañana estaremos más tranquilos. ¿Cristian, vas a ocupar de nuevo tu lugar?

-Yo no voy a dormir. -Dijo secamente.

-Perfecto. Me harás compañía, yo tampoco duermo de noche. -Le dijo fingiendo un tono malévolo, que a Cristian lo sintió como sarcasmo descarado.

Las cosas se pusieron silenciosas en la cabaña después de unos momentos. Todos intentaban estar silenciosos o fingiendo dormir. Salvo Lu y Moni que si se habían dormido después de un rato de estar peleando por los ronquidos de Lu. Todos estaban dormidos en el piso sobre gruesas colchonetas y futones, lo que demostraba el gusto de Barlow por lo austero. Aparentemente los chicos eran lo suficientemente apegados como para dormir con regularidad en la casa de Barlow. Alicia no había tenido amistades tan arraigadas como para dormir en una cama ajena a la suya, por lo que si bien no se sentía enteramente cómoda, tampoco representaba una experiencia nueva desagradable. Podía ver que los 3 se acomodaban bastante bien. Moni dormía en uno de los sillones, ya que siendo la más quisquillosa no le agradaba dormir en piso duro, algo que sus compañeros sabían de antemano sin molestarle. Lu estaba a un lado de Bram y aunque le ofrecieron el otro sillón prefirió quedarse con los chicos en el suelo sobre los futones.

Alicia, como lo había predicho, no podía conciliar el sueño. Reconocía que estaba raramente relajada para la situación que estaba viviendo y por alguna razón se sentía cómoda después todo lo que había pasado. Cualquiera otra persona debería estar altera o en estado de shock, pero ese no era su caso. Incluso la actitud apática de su papa debería de ser más normal.

-¿Estas despierta Alicia? -Escuchó. Era la voz de Bram. Que se encontraba a un lado de ella también fingiendo dormir.

-Sí. No puedo dormir.

-Me quede pensando. Que te preguntamos muchas cosas de grupos y cosas de afuera. Pero nunca te preguntamos ¿Cómo llegaste aquí?

Hasta ese momento fue cuando se sintió algo incomoda. Todo lo que había pasado le había hecho olvidar que habían sido amedrentados

a base de balazos por una razón que su papá le negaba a decir.

-Fue un accidente. Tuvimos un accidente en la carretera. -Fue lo único que se atrevió a decir.

-Qué bueno que no les paso nada. Sabes. La mayoría de los adultos del pueblo no les gusta que lleguen humanos normales o que se acerquen. Ellos dicen que es una reacción mutua. Pero tú no te ves que tengas miedo.

-Ustedes se ven muy normales. No se ven nada temibles, espero que no te moleste que lo diga.

-No, ya estamos acostumbrados. Pero tu papá si nos tiene desconfianza. Espero que no te moleste que te lo diga.

-Él no le tiene confianza a nadie, ni a mí. Y bueno. Supongo que otras personas si tendrían miedo de que el Sr. Barlow le muestre los colmillos de repente o a ese oso con nombre raro.

-Mapinguari.

-Eso. Pero yo siempre he sido rara, o al menos es lo que todos me han dicho siempre. Así que no creo que tenga la obligación de comportarme como las demás personas.

-Pues, eres un tipo de rara muy agradable, ojala todos las personas normales sean como tú. -Dijo Bram provocando que Alicia se le saliera una risa nerviosa.

-Tú eres agradable para ser un vampiro. Aunque no lo pareces para nada.

-No. Según parece a todos nos llega la sed hasta la adolescencia, pero yo todavía no he tenido esa necesidad.

-¿La Sed?

-Es nuestra necesidad instintiva de beber sangre, como dijo papá. La compara a veces con las ganas de tener sexo solo que menos agradable.

-Vaya. Ustedes si se hablan muy abiertamente.

-Sí, mi padre dice que el mundo es muy complejo como para complicarlo más dándole vueltas a las cosas sencillas y normales.

-Ojala mi papá pensara de la misma manera.

-Supongo que por lo mucho que ha vivido, ya todo le parece muy normal. Hasta yo sé que no es una filosofía común.

-Las cosas serían más fáciles si más personas pensarán así.

-A veces sí. A veces no. No a todos les agradamos aquí ¿sabes?

-No me lo imagino. Son muy amables. Y me gusta cómo se llevan entre ustedes.

-Tú no te llevas tan bien con tu papá ¿Verdad?

-A mi viejo no le puedo hablar ni de los chicos que me gustaban.

-¿Fueron muchos? -Le dijo Bram en broma.

-No. Hasta eso, si era selectiva. Lo malo es que ellos también. -Dijo riéndose de sí misma. Cualidad que no se conocía hasta ese momento.

-Yo creo que no te llegaron a conocer bien.

-Tú tampoco me conoces.

-Pero me gustaría hacerlo. -Dijo Bram y Alicia se sonrojo.

Después se mantuvieron en silencio y sin darse cuenta se quedaron dormidos.

Más intranquilamente Cristian no era capaz ni siquiera de quedarse acostado, por lo que prefirió quedarse fuera de la cabaña solo con la luz de la luna; y con el mapinguari que se había quedado dormido afuera esta. Cristian también se había dado cuenta de que era un animal inofensivo y curiosamente tierno.

Cristian trato durante toda su vida adulta no ser un hombre de vicios. Teniendo en mente los recuerdos de su hermano, trato de buscar alternativas para cumplir sus responsabilidades. Pero sus constantes fallas lo habían vuelto inseguro de sus decisiones, por lo que el nerviosismo lo hizo presa fácil del tabaco, del cual carecía en esos momentos. Tan necesitado estaba de fumar que considero tomar un puño de pasto y quemarlo dentro de su boca. De tanto caminar en círculos ya había

marcado en el pasto su trayecto.

-¿Nervioso? -Le preguntó una voz detrás de él.

Cristian se sobresaltó, pero no se sorprendió ya que estaba con todos sus sentidos encendidos al máximo. Solo giró rápidamente y se puso en posición de defensa de boxeador. Como esperaba, era Barlow.

-Tranquilo. Tranquilo. Aunque no lo creas este es el lugar más seguro para ti en estos momentos. -Le dijo Barlow, en tono tranquilizador.

-Ah sí. Lo dudo ¿Cómo lo sabes? No creo que ser vampiro te haga saberlo todo. -Le dijo Cristian sarcásticamente.

-Ser vampiro te da tiempo de aprender mucho en general. Pero no, no lo sé todo. Aunque de ti, se puede saber mucho. Tu mente es como leer un libro infantil, lo terminas de leer sin darte cuenta.

-Me estás leyendo la mente, tu hijo de...

-Tranquilo. -Le dijo Barlow calmando al fúrico Cristian -No la leí. Tú prácticamente me lo gritaste, de manera que no lo pude evitar.

-¿Cómo que grité?

-Por eso me di cuenta de que estabas aquí y por eso sabía que tu hija estaba bien. Cuando te encontré, la verdad estabas a punto de morir y pensaste mucho en tu vida. Muy profunda y rápidamente, como suele pasar en esos momentos. Es como una bomba de sentimientos que guardamos y así lo escuche. Como una bomba. Sabes, cuando era joven y apenas aprendía lo que podía hacer, batallaba para leer el pensamiento de la persona más torpe. Luego todo se volvió muy ruidoso, todos pensando era como estar en un congestionamiento. Por eso me gustan los lugares apartados como esta cabaña. Me puedo enfocar mejor. Pero tus pensamientos, son simples pero poderosos, fue un enorme grito de ayuda. Y no lo digo porque te haya encontrado desangrándote.

-Tú no sabes nada de mí.

-Se más de lo que piensas. Eres un hombre de sentimientos intensos Cristian, pero insistes en ocultarlos y eso ha provocado que te distancies de tu propia hija.

-¿También eres terapeuta? La relación entre mi hija y yo no es algo que te importe. Y mañana nos vamos a ir de aquí.

-¿A quién quieres engañar? No tienes a donde ir. Además de que los que te quieren dejar frío siguen estando ahí afuera

-¿Tu que sabes de eso?

-Lo suficiente. Te lo dije. Lo gritaste a mente abierta. Hagamos un trato, tú me ayudas y yo te ayudo.

-¿Para qué diablos te puedo servir yo?

-Tú y tu hija. No solo tú. Aparentemente más Alicia, ya que ella no se acomplejó como tú.

-¿De qué hablas?

-Mira. La cosa es así. Lo que has visto hasta ahora no es nada. Un vampiro y unos niños que no parecen nada raros no hacen una comunidad. Nosotros estamos en la parte alejada o límites de la biosfera. Si te adentras más siguen las granjas y en el centro es donde está nuestro bonito pueblo. Ahí es donde vamos a ir mañana.

-¿Y qué? Es un bonito pueblo de vampiros, hombres lobos y brujas. Lo quieres convertir en atractivo turístico y somos tus primeros visitantes.

-Mira Cristian. Tú piensas que vampiros y brujas es lo más raro que ofrece este mundo. No sabes nada. -Dijo Barlow dejando de lado su tono de voz amable. Cristian notaba que ahora estaban hablando de cosas más serias. -Recuerda a Coyote ¿Él te parecía de apariencia normal?

-Apenas y lo vi. Solo parecía que tenía rasgos de perro o algo así.

-Imagina esto. Junta a todos los seres fantásticos y de leyendas que conozcas. Y júntalos en un solo lugar.

-¿Y eso es esto? Una reserva ecológica de monstruos de leyendas.

-No todos. Pero si muchos. Este no es el único lugar así sabes. Existe uno en el triángulo de las bermudas, para las criaturas marinas. Otro cerca de Stonehedge para las criaturas féricas Europeas. Otro en el Himalaya y en Japón, entre otros. Lo curioso es que esos lugares no eran concurridos de gente hasta que fundamos pueblos ahí, este es de los más tranquilos en lo que cabe. -Le decía Barlow volviendo a su tono de voz emocionado.

-¿Aquí que es lo que ahí?

-Muchos vampiros es verdad. Pero somos la especie no-humana-racional más abundante en el mundo. Representamos el 0.005 % de la población mundial. Supongo que somos los más prolíficos por lo antiguos y porque podemos pasar muy bien desapercibidos.

-Sí, supongo.

-Aquí en el pueblo somos tal vez un 20% de la población. Nos convierte en el grupo más abundante, luego siguen los nahuales que son los más abundantes en América. Hay muchos sasquatchs, el alcalde Harry es uno de ellos, y afortunadamente unos muy pocos wendigos que serían como sus primos incómodos. También brujas y hechiceros pero en general a todos los psíquicos quieren que se les llame así por lo que son un grupo combinado; algunos son como Moni, wiccas curativas, otros tienen poderes más destructivos, como los pirokinéticos; también hay telépatas, videntes y telekinéticos. Después hay unos cuya población es más escasa, como la familia de Lu que son hombres lobo, pero son más abundantes en Europa, aquí no. Y hay muchos a los que llamamos "únicos" extremadamente longevos pero sin más familia o especie que se le parezca; son los más respetados por aquí; Coyote es uno de ellos.

-Te entendí más o menos la mitad ¿Por qué me dices todo eso?

-Bueno. No quiero que te sorprendas demasiado mañana.

-Sabes. Si tenemos a donde ir. Puedo empezar una nueva vida. No tengas por seguro que nos vayamos a quedar. Además, sigo sin saber para que nos quieras. Por lo que a mí respecta, nos quieres comer.

-Te quieren comer aquí y te quieren comer haya ¿Cuál es la diferencia? Tal vez deberías dejar de correr y examinar tus posibilidades. Pensar más detenidamente tus acciones. Sé por experiencia que solo tener buenas intenciones no es suficiente.

-¿TIENES ALGO QUE DECIRME? YA TE DIJE QUE NO ME CONOCES. -Le gritó Cristian.

-Perdón, perdón. Si no quieres hablar, no hablemos.

Cristian se le quedo mirando con una mirada furiosa que Barlow interpreto como casi asesina, pero paso por alto el detalle ya que sabía muy bien por lo que estaba pasando Cristian en esos momentos.

-En serio Cristian. Aunque me veas feo, soy de los únicos que

te quieren dar una oportunidad. –Le dijo Barlow.

Cristian ya no le contestó, pero silenciosamente pensó en cuanto sabía realmente Barlow acerca de él.

Capítulo 7

7. Cristian. Todos los hombres tienen su momento de gloria.

Como Barlow lo dijo. Leer la mente de Cristian era como leer un libro infantil. Las letras eran grandes y las ilustraciones directas. Para bien o para mal se debía a que Cristian nunca dejó de ser un hombre simple en el que las ideas no se contraponían demasiado y prefería dejar las dudas a las respuestas simples y ajenas; lo que lo volvía presa fácil de los prejuicios. Pero Barlow vio que eso no era sinónimo de un hombre sin valores y fortaleza. Muy por el contrario, vio la vida de un hombre cuya primera opción para tomar sus decisiones era la que consideraba la más buena y responsable. A pesar de su simpleza, Cristian tenía una brújula moral muy bien calibrada.

La vida de casado de Cristian difícilmente se podía considerar de ideal, pero nada en este mundo podría considerarse como tal. El padre de Claudia nunca los dejó en paz. Con su bizarro sentido del cariño que sentía por su hija, que era más un sentido posesivo exagerado, decidió que la manera de volverla a traer a él era haciéndole ver que Cristian era una elección pusilánime. Con sus contactos evitó que Cristian pudiera tener mejores trabajos y siempre pudo mantener el dedo en la llaga sobre el recuerdo de Cesar. Con el tiempo Cristian se enteró como era que el padre de Claudia tenía tanta información acerca de Cesar. Un antiguo compañero y amigo del padre de Claudia se había convertido en capitán de la policía; el Capitán Frías. Su reputación aunque impecable en términos legales estaba manchada por las malas lenguas que lo acusaban de favoritismos; cosa que Cristian no dudaba, ya que en más de una ocasión sintió que había algunos agentes de la policía que lo vigilaban con insistencia.

A pesar de eso, la vida de Cristian no era miserable. Solo se adaptó lo suficientemente bien como para que esas cosas solo fueran un molestia recurrente pero no insoportable. Dentro de lo que cabía Cristian recordaba los años con Claudia como los más felices. Eso sí, recordando como fuente de todos los males e infortunios al padre de Claudia, al que con el tiempo le llegó a tener un sentimiento de odio genuino.

Alicia también representó un aliciente y ancla de cordura que le recordaba por qué valía la pena esforzarse un poco más. La amó desde el primer momento. Pero como suele pasar, porque los niños no vienen con instructivo de cómo ser padres, aprendió sobre la marcha a educarla con

la mayor paciencia.

Ella era una niña despierta y curiosa, que aprendía y se adaptaba rápido a las cosas. No es que fuera una niña genio, solo era una niña a la que le prestaban suficiente atención. Claudia se dedicó enteramente a ella salvo por las pocas actividades que aligeraban la carga económica, dejó su carrera de lado temporalmente; cosa que no le caso mucho conflicto en ese momento. Favorablemente Claudia nunca demostró sentirse afectada por el cambio de estatus económico y muy por el contrario aprendió a disfrutar más de lo que tenía, que era su familia.

En grandes rasgos, eran una familia bastante normal, tratando de sobrellevar los problemas comunes de la vida. Y a grandes rasgos eran una linda familia.

Aunque su vida tenía una modesta estabilidad, Cristian no podía quitarse de la mente las palabras que le dedicó el padre de Alicia. Él no es lo que Claudia merece. Lo sentía cada vez que Claudia veía un vestido que no podía comprarle o cuando pensaba en cuanto tiempo llevaban sin salir a su lugar favorito o a cenar. El que Claudia no se quejara de ello reafirmaba que se había quedado con una mujer extraordinaria que no se merecía. Esto, junto con el odio que se estaba gestando hacia el padre de Alicia y su poca reflexión racional, se convertirían en ideas voraces que eventualmente le traerían la verdadera desgracia en su vida.

En algunas ocasiones Cristian paraba en un bar de camino a su casa. Solo para tomar una cerveza y poder fumar tranquilamente, ya que Claudia odiaba ese nuevo vicio que estaba adoptando. Con el tiempo se convirtió en parroquiano constante del lugar, llegando a relacionarse con algunos de los otros habituales consumidores, los cuales en su mayoría eran ebrios consuetudinarios y aparentemente con una vida mucho más miserable. No es que Cristian se alegrara de eso, pero le hacía sentir mejor consigo mismo de cierta manera.

Una de esas noches en las que se quedó en la barra del bar, notó a un hombre visiblemente enfadado a dos bancos de distancia. Parecía un ejecutivo derrotado. Vestía un fino traje, pero desacomodado, maltrecho y arrugado; la corbata estaba a medio acomodar y se encontraba despeinado por las constantes veces que se pasaba la mano por la cabeza. A Cristian le llamo la atención ya que no era el tipo común del lugar. En ese momento no le hizo mucho caso, pero posteriormente el comportamiento y los comentarios de aquel hombre le hicieron imposible ignorarlo.

-OTRO IGUAL, RAPIDO. –Decía exigiendo que volvieran a llenar su vaso, aparentemente tomando whisky en las rocas.

La mesera era una chica agradable que ya se había acostumbrado a tratar a tipos pasados de copas, por lo que aunque le molestaba la aptitud de aquel hombre los ignoraba y solo le volvía a llenar su vaso.

-¿CUANTOS AQUÍ SON UNOS VENDIDOS DEL TRABAJO? HEEE
–Decía el hombre sin dirigirse particularmente a nadie. -¡TODOS! Yo lo sé.
–Todos supusieron que el alcohol estaba haciendo su efecto

Cristian lo miro solo por la curiosidad de su comportamiento. Algo que no tenía que pasar a más de no ser porque el hombre lo miro en ese preciso instante.

-¿Y tú que me ves? ¿TE PARESSCO CONOCIDO? –Dijo el hombre levantándose e de su asiento y dirigiéndose hacia Cristian.

-Nada hombre. Tranquilo. –Le dijo Cristian tratando de calmarlo.

-NO TE QUIERASS BURLAR DE MI. YA NO PERMITIRE NADA DE ESO.

-He. Nada de peleas. O se las verán conmigo. –Dijo el barman, que era un hombre bastante corpulento.

-No, no ess nada. No valess la pena. –Dijo calmado y mirando a Cristian. –No ess a ti a quien quiero patear el trassero. Nunca, amigo. Nunca. Confíes en una piraña, es un consejo y mucho menos trabajos para una.

-¿Problemas en el trabajo? –Dijo Cristian casi sin pensarlo.

-¿PROBLEMAS? ESA PIRAÑA ME DESTRUYO. DESGRACIADO POMPOSO. MALDITO ESTIRADO SEÑOR ALANIS.

-¿Quién? –Cristian reacciono rápido al escuchar el nombre.

-EDMUNDO ALANIS. Maldito pedante y corrupto.

-Espera ¿Trabajas para Edmundo Alanís? –El padre de Claudia; Edmundo Alanís quien ya era dueño de varias empresas y aparentemente este hombre trabajaba en alguna de ellas.

-¡TRABAJABA! –Dijo gritando.

-He. ¿Hay algún problema? –Dijo el barman que no le había quitado la mirada de encima.

-Tranquilo. Todo está bien. –Le dijo Cristian al Barman. - Dime ¿Qué paso? –Morbosamente Cristian quería saber porque este hombre odiaba tanto a Edmundo. Tal vez porque el enemigo de mi enemigo, es amigo. – Hablar con alguien ayuda a apaciguar el alma.

-Lo único que me apaciguaría sería darle su merecido a ese maldito misserable.

-Sí. Creo que se cómo te sientes. –Dijo Cristian recordando los sentimientos de furia guardados que nunca pudo revelar a Claudia. Ciertamente darle su merecido a Edmundo le apaciguaría el alma, aunque no sirviera para nada más que eso.

-Todos dicen sentirlo. Todos sienten algo en contra de ssu jefe, no. Pero no como yo. A mí me quitó sin darme cuenta, algo máss. –Dijo el hombre tranquilizándose y sentando propiamente en su banco. Había pasado el discurso de ira y ahora iba el discurso de autocompasión.

-¿A qué te refieres?

-Cuando era muy joven, quería ser algo grande. Importante. Heroico. Ideass bobas. Lo único que pude hacer fue titularme de contador, porque era una manera segura de conseguir trabajo ¿Qué de heroico tiene eso? Al menos pensé que podría mantenerme integro. Pero siempre hay cosas que te van presionando al límite. Cuando entre a trabajar a la empresa de Edmundo Alaníss pensé que ssería algo bueno. Crecimiento y sseguridad. Que esstúpido fui.

-Te ordenó que hicieras algo malo. Es eso. Tú eras su contador y le ocultaste negocios sucios. –Dijo Cristian casi emocionado, ya que muy interiormente, saber que Edmundo era efectivamente un hombre corrupto le hacía sentirse liberado de todos los insultos que siempre le dedicó.

-No particularmente loss de él. Siempre ha tenido un socio, un hombre de la policía. El Capitán Fríass.

-Sí. Lo he oído mentar.

-Bueno. Él, está marcado como ssocio en la empresa de Edmundo. Pero nunca estuvo o hizo aportacioness en la dirección de las empresas. Salvo, unas fuertess cantidadess de dinero que obtenía

misteriosamente.

-Corrupto. Limpiaba su dinero corrupto mediante las empresas de Edmundo.

-Es una especie de trato que tienen entre ellos. Frías recibe muchos pagos por favores personales, no es traficante por lo que sé. Pero tiene muchos amigos con dinero que le pagan por favores especiales, porque al menos, se con seguridad que Frías tiene un grupo de gente especializada en la extorsión. Eso no se puede probar, pero también sé que tiene el gusto de quedarse con parte del dinero recuperado de los operativos, malo judicialmente, pero yo no lo vi mal en su momento. Ya sabes el dicho, ladrón que roba a ladrón.

-¿Así que estabas de acuerdo con ellos en principio?

-Sí. No sentí que le hiciera daño a nadie en ese momento. De la misma manera que no sentí mal si tomaba un poco extra de ese dinero. Después de todo, yo también estaba haciendo mi parte; además de que en ese momento pensé que aunque se enteraran no tendrían cara para reclamármelo. Yo tenía las copias de todas las facturas y pruebas que podían undirlos. -Decía mientras daba un golpe con el dedo índice en la mesa.

-Suena a que te hiciste igual de corrupto que ellos.

-No vengas a juzgar señor moral hombre para llorar. La oportunidad se dio. La vi, igual que ellos vieron la suya. Solo que yo no tuve la misma suerte que ellos.

-Supongo que se dieron cuenta de que les estabas drenando la mina de oro ¿Qué paso con todas las pruebas que tenías?

-Esse, esse fue mi error. Jamás debí de haberles dicho que las tenía. Las personas que ya pasan ciertos límites raramente se quedan en eso, ya nada los detiene. Yo debí de haberlos aplastado sin advertencias. Les di la oportunidad y ellos golpearon primero.

-¿Qué fue lo que hicieron?

-Me acabaron. Primero querían asegurarse de que no pudiera usar las copias de los documentos. Frías mando matones a robar mi casa y las de mis seres queridos, se llevaban las computadoras y destruían cada documento que pareciera sospechoso. Yo sabía que eran ellos, pero todo quedaba siempre registrado como un robo común. Yo pensé que era más listo que ellos porque los documentos no los había ocultado tan fácil de encontrar, pero se hicieron más agresivos, por poco quemaron mi casa, acosaron a mi esposa, nos

vigilaron insaciablemente. Mi esposa tuvo que irse con mis hijos, ya no pudo soportar la presión. No la puedo culpar.

-¿Y ahora? ¿Te están vigilando aun? –Le dijo Cristian pensando que ese tipo de acoso se apegaba muy bien a la forma de ser de Edmundo.

-No sé. Posiblemente. Pero creo que ya no importa. Ya me quitaron los documentos, pensé que me había librado de ellos en cierto momento y fui por ellos a donde los tenía escondidos y ahí aprovecharon unos matones de para quitármelos. Fue una estupidez, llegaron como dos ladrones más, me tiraron al suelo, me golpearon y se llevaron el maletín. Fue a medio día en una avenida, la demás gente ni se movió. Ya no importa.

-¿Y así que da todo? ¿Venir a quejarte de la vida en un bar es lo único que te queda?

-¿Que más puedo hacer? Todos los documentos que prueban el lavado de dinero están en las oficinas de Edmundo Alanís. Tengo las llaves de la oficina pero no puedo acercarme ni a 20 metros, todos los vigilantes me conocen y si me ven seguro que ahora si acaban conmigo.

-¿Y si alguien se escabulle por ti?

-No tengo dinero para pagarle a alguien ¿Quién iba a querer hacerlo de a gratis?

La mirada de Cristian y de aquel ebrio se cruzó quedando en silencio por unos segundos en los que Cristian maliciosamente se imaginando haciendo su único acto criminal. No por necesidad, no porque fuera a ganar algo, solo para saciar sus ansias de venganza mal sana.

El ebrio no comprendió muy bien porque, pero si era por destino o por casualidad; ya tenía un cómplice.

Armando Ferrer era el nombre del ebrio. Trabajo con Edmundo casi lo mismo que Cristian llevaba casado con Claudia. Fue uno de sus subordinados de confianza, hasta que Armando vio su oportunidad como él decía. Sabía de memoria los pasillos de las oficinas y tenía las llaves de la oficina y de los archiveros, esperábamos que no hubieran cambiado eso en el tiempo que no estuvo. Eso haría las cosas extremadamente sencillas, si lograba pasar por la vigilancia.

Afortunadamente. Las cámaras no eran infalibles. Armando conocía cada punto ciego de estas, lugares donde los empleados suelen

pararse a platicar o fumar sin temor a ser descubiertos.

Cristian seguía las instrucciones que la había dejado Armando como si fuera una biblia. La vida se le iba en ello. Ya había saltado la cerca. Y se encontraba a escasos metros de entrar al edificio de oficinas.

Le sorprendía lo fácil y emocionante que le estaba pareciendo la situación. Cristian nunca se vio ni aspiró a ser un vulgar ladrón. Pero esto era diferente, era como ser un espía y Edmundo era el villano al que se debía detener. No es que Armando fuera un hombre bondadoso e indefenso, pero no era peor que Edmundo.

No tuvo que forzar nada. Las llaves de Armando seguían siendo funcionales. Lo que ayudaría a que nadie se diera cuenta de los documentos faltantes, al menos no de inmediato y posiblemente solo hasta que Armando los presentara a quien debía de hacerlo. No podía entregarlos a una autoridad menor; Frías tenía tentáculos largos. Se debía de asegurar de entregarlo a quien de verdad se interesara en ajusticiarlo, no tenía que ser alguien moralmente correcto, pero al menos alguien a quien Frías le resultara molesto. Siempre hay alguien en esas esferas.

Entró a la ex oficina de Armando y abrió silenciosamente los archiveros. Solo tomó pocos. Los absolutamente necesarios. Los más reveladores. Logra salir con la misma facilidad con la que entró. No podía concebir que alguien pagara por una seguridad tan mediocre. Estaba casi seguro de que uno de los vigilantes estaba dormido en la caseta de vigilancia. No importaba. Ya tenía en sus manos las pruebas de que Edmundo Alanís era una escoria humana, tan poca cosa como a Cristian lo hizo sentir.

Los documentos tuvieron el efecto deseado. Frías tenía muchos enemigos y eso conllevaba también enemigos para sus socios, en este caso Edmundo que tuvo que enfrentar por primera vez el acoso de sus pecados. Varias de sus empresas tuvieron que cerrar, ser vendidas o traspasadas para poder sobrellevar el peso de las demandas, juicios e indemnizaciones.

A Frías tampoco le fue nada bien. Fue acusado de enriquecimiento ilícito. En el punto más desesperado de su defensa alegó que no había cometido ningún crimen que la sociedad no hubiera aceptado; se quedó solo con el dinero sucio de otros criminales, algo que ningún hombre consideraría incorrecto y que no sería ni el primero ni el último que lo hiciera. Pero los casos de extorción que también salieron a la luz al momento de que se supo de que estaba acusado lo convirtieron en el hombre más odiado de ese momento. Logró ampararse por algún tiempo, solo el suficiente para aprovechar los pocos contactos y favores

que le quedaban para poder escapar antes de que lo condenaran.

Armando gozó de protección y nadie supo de la participación de Cristian en el asunto, algo que le complacía ya que a pesar de sentir un extraño orgullo por lo que provocó, no quería que Claudia se enterara de su participación en la caída de su padre. Ese fue un secreto que mantuvo y le causaba una insana satisfacción. La satisfacción de herir y la satisfacción de la venganza. Algo de lo que se arrepentiría eventualmente.

Barlow sentía el arrepentimiento y la culpa de Cristian más fuerte que cualquier otra cosa.

Capítulo 8

8. La voz en el centro de la tierra.

Aguja y Alfiler habían visto lo sucedido con los extraños de la caravana. Sabían que quedarse no era una muy buena opción en ese momento. Aunque alejarse de ellos tampoco les parecía atractivo, sabían que eran como ellos, posiblemente mercenarios o algo parecido. Sabían cómo lidiar con ellos. Era posible que ellos fueran la mejor opción para salir del desierto, tanto más que solo dejar que los llevaran al pueblo como lo planeaban hacer los agentes, quienes ahora ellos presumían como muertos. La idea no les asustaba en lo más mínimo, ellos ya tenían algunos en su cuenta de trabajos.

Por precaución se quedaron observando a la extraña caravana. Tomaron unos binoculares del jeep y se alejaron antes de que se acercaran al vehículo. Ahora se encontraban resguardados en un banco de piedras que les proporcionaba cierto camuflaje. Se turnaron para mantener vigilados a los extraños. En ese momento le tocó el turno de descansar a Alfiler.

Alfiler no era por definición un hombre creativo. Por lo que sus sueños al igual que él no presumían de ser interesantes. De hecho, prefería no soñar. Aparentemente su subconsciente si había registrado ese deseo ya que no recordaba cuando había sido la última vez que soñó. Por lo que comenzar a soñar un sueño tan vivido le parecía fuera de sí.

Por primera vez en mucho tiempo había evocado su casa de la infancia. Se miró a sí mismo como cuando tenía 6 años. Curiosamente, sabía que era un sueño. Sería uno de esos sueños en los que por estar consiente ¿podías controlar lo que pasaba?

Miró el sillón de lo que alguna vez fue su casa. Un montón de latas de cerveza estaban tiradas en el piso, su padre dormido en ropa interior frente al televisor. Su madre en la cocina, haciendo la cena. Quiere acercarse a ella y no se percata de que patea uno de sus juguetes. El sonido que produce es irreal, como un montón de cazuelas cayendo sobre sí. Su padre se despierta malhumorado.

Sabe lo que va a pasar.

-¡QUE ESCANDALO! ¡NO PUEDO DORMIR EN MI PROPIA CASA!

Tal vez pueda evitarlo, si es un sueño que puede controlar lo puede evitar.

Su padre se levanta del sillón, es mucho más grande y poderoso de lo que lo recordaba. Es enorme y amenazante. Su brazo se extiende, su mano lo aprisiona, pero no es una mano, es una garra que le cortaba la piel.

-TE DIJE QUE RECOGIERAS TUS JUGUETES. ERES ESTUPIDO ¿PORQUE NO HACES CASO?

No. Puedo cambiarlo. Es un sueño. Se repetía, pero nada pasaba. Miró a su madre rogando por que parara lo que iba a suceder. Ella lo miro llorando pero inmóvil.

-Hijo, tienes que hacerle caso a tu padre. -Le dijo llorando mientras su rostro se deformaba, llenándose de moretones y de su boca salía sangre.

-TE VOY A ENSEÑAR A HACERME CASO. -Dijo la voz casi demoniaca de su padre.

Lo miró a los ojos y se dio cuenta de que el rostro de su padre, ya no era el rostro de su padre. Había sido suplantado por un rostro pálido de facciones afiladas, los ojos fríos y malévolos, idénticos a los que buscaba mostrar a sus víctimas; el cabello se había vuelto largo, rizado, negro y graso; su boca mostraba unos afilados colmillos.

-¿Te sientes impotente Alfi? Se siente mal ¿Verdad? jejeje -Le dijo el nuevo rostro ya desprovisto de furia pero si con un tono burlón.

Vio el puño de su no-padre levantarse amenazantemente. Ya no era un puño, sino un bloque de piedra abalanzándose a su rostro. Un dolor que hacía mucho no sentía lo impacto, cerró los ojos y al abrirlos el dolor había desaparecido; al igual que su casa, su madre y su no-padre.

Ahora era él quien tenía a un joven agarrado del cuello de un uniforme escolar. Ahora tenía 12 años y también tenía un uniforme escolar.

Su apresada victima está sangrando y casi esta inconsciente, pero aun así no puede dejar de golpearlo en el rostro. Sus nudillos sangran y se revuelven con la sangre de su víctima, pero aun así no puede dejar de golpear. Solo sabe que siente placer de hacerlo, siente

poder y entre más violento sea más difícil es que lo puedan parar.

Su víctima levanta el rostro y lo puede ver. No era una víctima era el rostro de su padre y luego se transformó en el rostro de su no-padre, ese ser con colmillos demoniacos, su rostro estaba rojo por la sangre pero aun así le dedico una sonrisa y se puso a reír.

-Eso es lo que te gusta. Sentir el poder de tener la vida de alguien en tus manos ¿Verdad Alfi? Jejeje. Créeme, yo te comprendo.
-Dijo el demonio.

-¿Quién eres? -Pregunto mientras volvía a golpearle el rostro.

Un puño se aferró a su brazo y de un tirón lo lanzó para atrás. Golpeándose contra una pared. Nuevamente estaba en su casa, ahora se veía aún más grande, unos 16 años. Nuevamente era su padre quien lo había azotado contra una pared, el que si tenía el rostro de su padre, pero era anormalmente monstruoso.

-YA NO VOY A AGUANTAR TUS ESTUPIDESES. ESTOY ARTO DE TI. - Le decía la enorme y monstruosa representación de su padre.

Su madre nuevamente se encontraba parada detrás de ellos. Pero su rostro volvía a ser suplantado por el hombre pálido de los colmillos.

-Tu historia es interesante Alfi. Me gusta jejeje. -Dijo burlonamente.

-YA NO VOY A PERMITIR QUE NOS AVERGUENSES. YO TE EDUQUÉ BIEN. -Gritaba el monstruo padre que se le acercaba amenazantemente. Mientras Alfiler se quedaba paralizado del miedo.

-Vamos, ya pasaste por eso. Toma el control Alfi. -Le dijo su ahora no-madre con rostro pálido y afilados colmillos.

El puño de piedra de su monstruoso padre se abalanzo sobre Alfiler, pero este lo detuvo con una mano. Lo oprimió con sus dedos y ahora no parecía tan duro, de hecho se desmorono como arena, ante los aullidos de dolos de su monstruoso padre que iba perdiendo tamaño y musculatura mientras gritaba de dolor. Terminando en un viejo enclenque, con barriga flácida.

-Ya no más. -Le dijo Alfiler mientras lo agarraba del rostro.

De un solo movimiento azotó la cabeza de su padre contra la pared y este se desintegro en un charco de sangre desparramada por el

piso.

-Muy bien. Nadie es tan poderoso como para no sucumbir ante la muerte. Jejeje –Dijo el hombre de los colmillos, ahora cambiando su indumentaria a la de un policía. –Pero es la hora de correr ¿No? Alfi.

Alfiler se giró para correr. Ya no estaba en su casa, solo era la oscuridad y corría hacia la nada, mientras dejaba un camino de sangre que marcaba su trayectoria. Veía en su camino gente a la que había robado, lastimado y asesinado en su camino, nadie tenía rostro. Solo estaba el hombre pálido que lo seguía de cerca sin mostrar señas de fatiga.

-¡¿QUÉ QUIERES DE MI?! –Le gritó.

-No se trata de lo que quiero, se trata de lo que podemos ofrecernos.

Alfiler se dejó caer mientras el rostro del hombre con colmillos se le acercaba, creciendo y deformándose.

-¿A qué te refieres?

La boca del deforme rostro se abrió y era del tamaño de un túnel oscuro que devoró a Alfiler de un solo bocado. Alfiler se levantó al momento y se dio cuenta de que no estaba en una boca, sino en una celda de prisión, oscura, húmeda y maloliente. Se aferró a los barrotes que también eran los colmillos que se habían alargado y convertido en metal.

-DEJAME SALIIR.

La prisión se había convertido nuevamente en un lugar que conocía. Una penitenciaría en donde había estado antes. El lugar donde había conocido a Aguja, que en ese momento había sido su compañero de celda. Miró dentro de la celda y efectivamente un hombre se encontraba sentado en un catre incómodo. Pero por alguna razón sospechaba que no era Aguja. El hombre levanto el rostro para mostrar nuevamente al hombre de los colmillos.

-Todos somos prisioneros, Alfie. Incluso tú. Qué crees estar sobre las leyes humanas. Tú que te convertiste en animal para sentirte más fuerte que los demás. Superior a los demás que se dejan manipular por un sistema. Pero aun así tú le rindes cuentas a alguien ¿Verdad?

-¡USTEDES VOLTEEN! –Dijo una voz fuera de la celda. Un hombre en uniforme de capitán de policía. –Sus crímenes los deberían de condenar a muerte en una sociedad más dura. Yo sé que son escoria, pero

no hay manera de juzgarlos como quisiera de manera legal. Pero afuera la ley es muy diferente, afuera los puedo acabar como las ratas que son y a nadie le importaría. En unos días los liberaran porque no encontraron pruebas contra ustedes, pero eso no quiere decir que se han librado de lo que merecen.

-Recuerdo esto. -Dijo Alfiler para sí mismo.

-Sí, Alfie. A todos los hombres les llega una oportunidad que cambia su vida. Tú eres afortunado, tú tendrás dos jeje. -Dijo el hombre de los colmillos.

-Hay una opción para ustedes, si no quieren terminar acribillados. Trabajen para mí. Encaminen su enojo. Trabajen bien y les irá mejor de que les ha ido antes. -Dijo el policía.

-Jejeje. Todos somos prisioneros. Incluso tú, que podrías matar a todo hombre que te caiga mal y violar a toda mujer que no quiera estar contigo. Aun así dependes de lo que tu limitada vida humana te permita y tratas de conservar hasta el último suspiro aunque nadie quiere tu presencia en esta tierra.

-¿QUÉEE QUIEREEEESSSS? -Gritó Alfiler.

-Mi libertad, igual que tú. Tú quieres la libertad que da el poder. El poder que da el dejar salir todos tus impulsos, instintos y deseos sin que nadie pueda detenerte ni hacer algo para remediarlo. No tienes familia a quien responder, ni amigos salvo ese paria que está cortado con la misma tijera que tú. Pero aun así sabes que lo único que te separa de las demás personas es la moralidad que tú desechaste porque no te ayudaba a sobrevivir en un mundo tan corrupto. Un mundo en donde sabes moverte pero aun así es peligroso, con riesgo de muerte constante. Y le temes a la muerte, más que otras personas y temes que exista un juicio después de que esto pase; pero no sabes vivir de otra manera. Tienes que disparar primero, golpear primero para asegurar tu victoria. Eres "Alfiler" fino y directo, no das oportunidades.

-YAAA DEJAAA DE HABLAAAR ¿Por qué me dices esto?

-Yo tengo lo que tú quieres. Te puedo quitar el temor a la muerte. Pero solo si tú me ayudas. Yo también soy prisionero, uno que está impedido. Mi libertad era ofensiva para los que no se han quitado las cadenas humanas. Llevó varias décadas encerrado. El tiempo suficiente para que un ser humano normal considerara la muerte como un alivio, pero yo no soy tan débil. Una década es como un día para mí.

-¿Qué eres? -Le dijo.

-Ya no tengo nombre. Me llamo como el mundo necesite que me llame. Pero mi descripción sería incomprendible para ti. Conoces lo que soy, porque has escuchado leyendas de mí. Pero lo que soy y lo que he vivido no lo comprenderías.

El escenario del sueño cambio radicalmente a un gélido paraje sin vida. Solo había hielo y mar.

-Nací en tiempos hostiles. Con dones que con el tiempo me convirtieron en un paría, pero sobreviví a los que me despreciaron, de la misma manera que tú lo haces, Alfi.

El escenario volvió a cambiar, ahora a la cima de un templo prehispánico. Alfiler no había sufrido cambios, no era ni más joven ni más viejo. Pero el hombre de los colmillos estaba vestido en una túnica bordeada en hilos de oro y tenía un casco amenazante en forma de calavera y su rostro mostraba una franja negra que volvía sus ojos aún más amenazantes de lo que ya eran, su cabello ya no estaba suelto y graso, lo mantenía sujetado en forma de cola de caballo. Un ejército de hombres se extendía frente al templo, mostraban lanzas y mazos. El hombre de los colmillos solo tuvo que levantar una mano para que el enorme ejército se levantara en gritos de guerra.

-Dominé el mundo que conocí. Fui un Dios y un creador de dioses. Y puedo convertirte en uno... si me sirves bien.

-No. Esto es un sueño. -Dijo Alfiler incrédulo.

-Sí. Lo es. Crees que puedes dominarlo porque es una invención de tu mente. Pero este sueño no es tuyo. No tienes la capacidad de ser tan creativo. Jejeje. -Le dijo el hombre riendo y mostrando sus colmillos. -Ahora escucha. Esos hombres de la caravana, necesito que los llesves a donde yo estoy. En el lugar donde perdiste a tus presas, no las perdiste, solo dejaste de poder verlas.

-¿Eso qué significa?

-Exactamente eso imbecil. En donde te accidentaste existe una barrera invisible e intangible que impide ver algo enorme escondido en este desierto. Un bosque parecido a un oasis y en el centro de este una comunidad, un pueblo secreto. Ahí también vas a encontrar a tus presas.

-Nada de esto tiene sentido. Si es verdad esto y tienes el poder de entrar en mi mente. ¿Por qué no se los dices directamente a ellos?

-Porque no van a querer cooperar y no van a querer confiar en mí. Ya que en realidad ellos vienen a asesinar a cada hombre, mujer y niño de ese pueblo incluyéndome a mí. La ironía es que necesito que ellos logren entrar para poder obtener mi libertad. En cuanto ellos entren comenzaran a hacer lo que vinieron a hacer y tú tendrás todavía otro trabajo que hacer. Vendrás y me dejaras libré.

-¿Cómo hare eso?

Un remolino de imágenes borro el templo y al ejército que había. Alfiler sintió como era jalado a un paseo por una montaña rusa de imágenes. La primera era una puerta reforzada en una especie de bunker, la cual se abría a su paso a una velocidad extraordinaria. Su recorrido continuaba en medio de pasillos blancos con puertas eléctricas. Podía ver algunas personas, algunas eran normales, otras parecían militares, varios eran como los oficiales que los recogieron en la carretera. Y otros realmente tenían una apariencia extraña. Llego a un largo pasillo en el que al fondo podía ver una puerta aún más reforzada que las demás. Custodiada por hombres fuertemente armados. La puerta se abrió a su paso, dejando ver su interior; el cual era una especie de pozo oscuro que era recorrido por unas escaleras en espiral que recorrían las paredes del pozo. Varias puertas podían verse en el recorrido. Su caída por el pozo se hizo vertiginosa, parecía que le llevaría directamente al centro de la tierra.

Llego finalmente al fondo y ahí se detuvo. El lugar estaba fuertemente iluminado. Una puerta con el numero 0 estaba al lado de una ventana que dejaba ver el interior de una celda blanca en su totalidad, con varias pantallas que mostraban dibujos animados o imágenes bastante tranquilizadoras de paisajes, incluso había una de un bebe. Había una cama y en el centro de la habitación estaba un hombre que reconoció como el hombre de los colmillos sentado en una mesa con una única silla. El hombre no mostraba los colmillos ya que llevaba una careta parecida a la que portaba Hannibal Lecter en el silencio de los inocentes; aunque está particularmente parecía permitir consumir líquidos. Vestía un overol anaranjado como cualquier recluso. El hombre se levanta y se acerca a la ventana desde lo miraba Alfiler.

-Te acabo de mostrar el camino que tienes que seguir para encontrarme. Si las cosas suceden como creo que sucederán no encontraras mucha resistencia. Necesitaras las llaves de seguridad maestras. Puedes obtenerlas de dos personas. Guerrero, es el jefe de la seguridad; alto moreno, lo identificaras por las barras militares, es capitán; es duro de pelear, pero tú también lo eres. El otro es más difícil, atácalo a distancia y trata de no matarlo; él es todo mío, pero en caso de que prefieras evitar el enfrentamiento te puedo decir que es un bobalicón sentimental, que prefiere sacrificarse a sí mismo a que lastimes a alguien; todos lo conocen por Barlow. Intentará trucos para intimidarte. Pero

confió en que tú y Aguja tengan un plan de acuerdo a las circunstancias.

-Aguja, no me hará caso en eso, es decir ¿Cómo se lo explico?

-No te preocupes por eso. Solo despierta y deja que él tenga su turno para dormir. Jejeje.

La caravana en su mayoría no eran más que una banda de vándalos ignorantes y supersticiosos. Más motivados por causar violencia que por un objetivo noble. Muchos nunca habían visto algo sobrenatural hasta el momento en que conocieron a Vic y su compañero los cuales se convirtieron en animales frente a sus ojos. Lejos de espantarles les motivo bastante, ya que ahora tenían un objetivo para su violencia. "Algo así, no puede ser natural", "Si no es natural, no puede ser bueno" "Si no es bueno, tiene que ser eliminado". Estas eran oraciones de las que de cierta manera ya estaban convencidos de antes de adentrarse a esa misión homicida.

El patrono de estas ideas era Hugo Black. De todos, él era el que mejor podía hablar de lo que era sobrenatural y no era algo de lo que se sintiera orgulloso. Sabía que la mayoría de sus hombres eran unos soquetes, pero los toleraba ya que los necesitaba para sus planes. Después de todo uno no hace ejércitos siendo selectivos con los soldados, se les tiene que entrenar para lo que deben de hacer y algunos simplemente servirán de carne de cañón. Para alguien tan comprometido con su causa como lo era Black, estaba dispuesto a tener muchos bultos para desperdiciar de ser necesario.

Pero un buen comandante selecciona muy bien a sus allegados. David Drake es el más cercano a Black en todos los aspectos. Black le confía su vida, por lo que podría decirse que es su guardaespaldas. Su habilidad con las armas de fuego es de dar terror. Nunca desperdicia una bala, si desea matar mata y desea hacer sufrir sabe dónde colocar la bala para prolongar lo máximo el suplicio. Sus años de experiencia de caza en los jardines ingleses le hicieron apreciar cada vez más el reto de encontrar presas interesantes. Las estepas africanas no le ofrecieron más reto que el tener que escapar ocasionalmente de los protectores de las especies en peligro que gustaba de cazar. Conocer a Black le produjo un renovado enfoque de lo que una presa realmente digna significaba.

Will Simmons era la mano izquierda de Black. Su seguidor más convencido. Si Drake le cuidaba la espalda, Simmons se pondría enfrente de él para recibir un disparo. Su fanatismo no era injustificado. Una experiencia terrible que le costó la vida a la familia de Simmons a manos de un sádico criminal, le hizo buscar refugio en las proclamas de Black. ¿Cómo un humano sería capaz de actos tan horripilantes? No puede ser.

Tenía que ser obra de un monstruo. Black era el pastor que evitaría que esas tragedias se volvieran a repetir. En ese proceso, Simmons se volvió igual de cruel que el criminal que le quitó a su familia.

El ingeniero en meca trónica y el ingeniero mecánico; Bibb Graves y Thomas Heflin, alias "el Gordo". Eran unos geeks, genios de alto coeficiente intelectual pero también fascinados con las teorías de conspiración. No eran ni de cerca los fieles a Black como lo eran Drake y Simmons, pero eran los encargados de llevar a cabo las imaginaciones tecnológicas de Black, el cual tampoco carecía de poca imaginación y tenía los recursos suficientes como para consentir a sus infantiles genios.

Este quinteto representaba la cabeza de Los Inquisidores. Como se hacían llamar a sí mismos. Brutales sobre los seres en los que aplicaban su juicio.

Su incursión en el desierto representaba su misión más importante hasta ese momento. Posiblemente la más difícil, pero también habían llevado equipo especial para la ocasión. Muchos iban a regocijarse con los nuevos regalos que habían creado Graves y Heflin. Pero eso sería solo después de que pudieran encontrar lo que vinieron a buscar. Los primeros días habían sido frustrantes para ellos, solo habían pasado por inclemencias del tiempo del desierto, ardiente de día, gélido de noche. Muchos de los soldados menores de Black empezaron a poner en duda las motivaciones de este.

El altercado con Vic representó un incentivo interesante para los que ya se estaban desesperando de buscar fantasmas en el desierto. Vic representaba para muchos de ellos la primera prueba de la existencia verdadera de algo más de lo que sus ojos podían percibir y aunque algunos trataban de evitarlo, la mayoría lo trataban como un fenómeno de espectáculo de rarezas.

Habían mantenido encerrado a Vic en una jaula de proporciones claustrofóbicas. En su forma humana apenas cabía estando de cuclillas y en su forma de serpiente era acosado por los matones de Black, que lo zarandeaban de un lado a otro sin que este pudiera hacer nada para defenderse. Black dejaba que sus matones lo torturaran de esa manera solo para ver quien resistía más. Simmons le preguntaba a Vic si ya estaba dispuesto a decir hacia donde tenían que dirigirse, para encontrar la misteriosa localidad que buscaban. Vic, estaba listo para morir de ser necesario con tal de que esos salvajes no se acercaran a su hogar.

-¿Qué haremos si no habla el fenómeno reptil? -Le pregunto Drake a Black mientras veían como hostigaban a Vic.

-Ya veremos. Todavía tenemos muchos recursos de tortura física y si no, todavía podemos ir a cazar a cuanto animal nos topemos y

ver si eso no altera su voluntad. –Contesto Black.

-¿No se puede localizar con satélite o con radar o algo?

-Los lugares elegidos para poner estas comunidades fueron elegidos por la dificultad de poder utilizarse ese tipo de cosas. Además de que por lo visto invirtieron mucha tecnología para mantenerlo oculto, incluso para la vista normal. Créeme Drake. Yo sabía que esto no iba a ser fácil, pero soy un hombre paciente y con mucho tiempo para dedicar a la causa.

-No creo que esa sea la posición de muchos de los que reclutaste. Muchos no han visto lo que nosotros y los que lo han visto no comprenden la magnitud del asunto, ni tienen nuestras motivaciones. Además de que muchos, no son precisamente gente respetable.

-¿Que esperabas? Una persona racional e inteligente no acepta tan fácil lo que les planteo, a no ser que tenga motivaciones personales como tú o yo.

-Espero que podamos hacer hablar pronto a ese fenómeno. No estoy acostumbrado a este clima. Odio los desiertos.

-No te imaginaba quisquilloso. Después de todo ya habías probado todos los climas del mundo para ir a cazar.

-Por eso sé lo que me gusta y lo que no.

-Te aseguro que el lugar que buscamos tiene un clima más agradable.

Black se acercó a la jaula de Vic, apartando a sus secuaces que no dejaban de hostigarlo.

-¿Ya estás listo para cooperar?

-Púdrete –Le dijo Vic.

-Me imaginaba esa reacción. –Le dijo discretamente a Simmons. –No importa. Mañana que el sol empiece a calentar el desierto y esa jaulita se convierta en un pequeño horno, ya veremos si no vendes a tu madre por un sorbo de agua.

-¿Por qué esperar a mañana? –Se escuchó una voz desconocida.

Todos los hombres que hasta ese momento estaban concentrando su atención en Vic, voltearon y vieron a dos desconocidos

parados en el umbral donde apenas daba la luz. Muchos tomaron sus armas ante una posible amenaza. Pero Black les ordenó contenerse y todos se quedaron expectantes.

-¿Quiénes son ustedes? –Preguntó Black.

-Amigos –Dijeron las figuras en la sombra. Vic, que aún conservaba el fino olfato animal, se sorprendió de reconocer quienes eran las figuras que habían aparecido.

-Aquí no tenemos “amigos” –Dijo Black.

-Pero podemos serlo. Especialmente si te ofrecemos lo que quieren.

-¿Y qué es lo queremos? –Respondió Black.

-El acceso a un lugar oculto para los demás, un lugar secreto. –Vic se sobresaltó más, como podían saber esos mentecatos acerca de la zona protegida.

-¿Y ustedes saben dónde es ese lugar? –Preguntó Drake, sin dejar de apuntar con su rifle.

-Sí. Lo sabemos.

-¿Y ustedes que ganan con ello? –Dijo Black.

-Queremos algo que está dentro. Ustedes quieren encontrar el lugar y nosotros necesitamos su fuerza y recursos para entrar. Creo que es un trato justo.

-¿Cuáles son sus nombres, extraños? –Dijo Black a las oscuras figuras.

-Nos llaman Aguja y Alfiler. –Dijeron mientras se acercaban a la luz y se mostraban.

-Nosotros somos Los Inquisidores. Y si lo que dicen es cierto, estaremos en el mismo barco. –Les dijo Black mientras bajaba con la punta del dedo el rifle de Drake.